

AMIGO INVISIBLE

por Francisco-Manuel Nácher

Este libro está dedicado a todos aquellos que sienten la necesidad de entender el significado y el contenido de la vida, y de descubrir el papel que en ella pueden y deben desempeñar.

El que quiera ser el primero, sea el último y el servidor de todos (Marcos, 9:35).

Todo lo que querríais que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos, porque eso significan la Ley y los Profetas (Mateo, 7:12).

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I.- AMIGO INVISIBLE	5
II.- EN EL PARQUE	7
III.- LA AGRESIÓN	10
IV.- EN CENTROAMÉRICA	12
V.- EL SERVICIO	15
VI.- EL SUICIDA	19
VII.- EL NIÑO	25
VIII.- LA APUESTA	29
IX.- EL KARMA MADURO	32
X.- CONFIRMANDO LA FE	35
XI.- EL MUERTO, VIVO	44
XII.- LA MIES	48
XIII.- A TRAVÉS DEL TIEMPO	65
XIV.- EN EL HOSPITAL	74
XV.- EL CASTIGO DEL PECADO	78
XVI.- EL ORATORIO Y EL TEMPLO	83
XVII.- EPÍLOGO	87

* * *

I.- AMIGO INVISIBLE (A modo de prólogo)

Ya va siendo hora de que el mundo se concencie de que, por encima o, mejor dicho, por dentro de él, hay otros mundos que lo observan, lo influyen, lo controlan, lo ayudan o lo descarrían, y de los cuales viene y a los cuales va, lo quiera o no.

Ya es hora de que se levante un poco más el velo y el hombre de nuestros días pueda asomarse al otro lado y respirar hondo, deshaciéndose de la sensación de abandono y de aislamiento que, tanto en el orden individual como en el colectivo, le embarga por momentos.

Porque, no estamos solos. Ni como individuos ni como conjunto. Ni siquiera como planeta. El universo todo, es uno, y está vibrando de vida. De vida de muchas clases, de seres que llenan todas las posibilidades imaginables, pero todos ellos, la mayor parte de ellos sin saberlo, proceden de una misma fuente y se dirigen, a lo largo de sus diferentes evoluciones, a su origen, ya desarrollados, como el brillante tras la talla que, aparentemente, fue un tormento para el diamante.

Este libro, que publico con la autorización expresa de su autor y protagonista, no puede ser sino un boceto, un muestrario pobrísimo, una serie de fugaces fogonazos de una actividad que ha existido siempre, pero de la que no se ha creído conveniente decir demasiado, ya que la Humanidad no estaba preparada para ello, pero que ha llegado ya a un punto en que puede comprenderla. Una actividad que cada día prolifera más, gracias a las semillas plantadas antaño por una serie de hombres avanzados que dedicaron su vida al estudio y a la enseñanza de lo que se conoce como la Sabiduría Occidental, una de cuyas facetas comprende la actividad de los llamados “auxiliares invisibles” o “amigos invisibles”.

De todos modos, aún resuenan en los ámbitos del mundo aquellas palabras de Cristo, llenas de amor y de tristeza: ‘*La mies es mucha, los*

operarios son pocos. Pedid al Señor de la mies que envíe operarios a su mies'' (Mateo, 9:38).

Ojalá este libro haga que la semilla que todos tenemos incrustada en nuestro semillero interior, la del amor desinteresado, germine en cuantos más mejor, y la plantilla actual de Amigos Invisibles se amplíe hasta cubrir las necesidades que, precisamente en nuestros días, son acuciantes.

Porque hay una ley oculta según la cual *“el mal, basado en el egoísmo, acaba destruyéndose a sí mismo; mientras que el bien, libre de él, y basado en el amor, se suma y se acumula y, por tanto, crece”*.

* * *

II.- EN EL PARQUE

Corría el año 1985. Dejando mi cuerpo dormido, me elevé sobre mi hogar. Vi el paisaje acostumbrado: La silueta de la casa, las luces del pueblo y, un poco más allá, las de Madrid. Allí me dirigí, a realizar mi labor. Eran las veintitrés treinta.

Aquella noche tenía el proyecto de ir a un parque, conocido lugar de encuentro, al que prostitutas de todo tipo, casi todas ellas víctimas de las drogas, acudían para tratar de ganar, ofreciendo su cuerpo a cambio, el dinero necesario para conseguir la próxima dosis.

Al llegar, prácticamente en un segundo, las vi, con una distancia de diez a veinte metros entre una y otra, envueltas en su aura oscura, rodeadas de seres repulsivos, unos desencarnados que murieron con el vicio del sexo a cuestas, otros, de naturaleza no humana, larvas horribles que se alimentan de las vibraciones de las bajas pasiones. El cuadro que ofrecían todas era tristísimo. Ellas no lo sabían, claro. Ellas creían estar solas, ser libres y actuar, por tanto, libremente. Porque eso es lo que les sugerían esos desencarnados que esperaban participar, aunque fuera en un ínfimo porcentaje, de las oleadas de placer sexual que ellas iban a producir en sus ‘‘clientes’’.

Como otras veces, sentí un dolor inmenso por esas mujeres, la mayor parte de ellas muy jóvenes, que habían visto truncada su vida de un modo inesperado, a traición, y que, una vez enganchadas a la droga, eran incapaces de salir del círculo vicioso en que se las había introducido. ¿Qué hacer? ¿Qué se puede hacer ante la ceguera de los hombres? ¿Cómo se puede comprender que padres, que darían su vida por sus hijas, sean capaces de frecuentar a estas mujeres, perpetuando así una de las mayores lacras sociales de la Humanidad, sin darse cuenta de que también ellas son hijas y tienen padres y familias y que tenían ilusiones y sueños y esperaban un futuro mejor?

Las contemplé, una por una, para ver de encontrar alguna posibilidad de ayuda, de luz. Pero no. Sus auras estaban totalmente ocupadas por vibraciones negativas que me impedían sugerirles un cambio en sus vidas.

Me di cuenta de que muchas de ellas eran portadoras del sida. ¡Qué horror! Horror por ellas, por la enfermedad en sí y por la responsabilidad que contraían contagiando, en una especie de venganza inconsciente contra la sociedad que de tal modo las maltrataba, la terrible enfermedad, que un desaprensivo les había contagiado, también sin avisar.

Los presuntos clientes, por otra parte, no ofrecían mejor aspecto interno. Llegaban en sus coches, llenos de deseos pasionales, furtivamente, sin plantearse siquiera la degradación que suponía su propósito y el daño moral interior que iban a producir a una muchacha, aprovechándose de su necesidad de dinero, al incrementar con sus vibraciones negativas, la dependencia de la pobre desgraciada de las larvas etéricas y astrales y de los viciosos desencarnados. ¡Si los hombres pudiesen ver lo que yo veo - pensé - cambiarían radicalmente! Pero no pueden. Y no pueden precisamente porque son así y su egoísmo ciega los ojos del espíritu. De modo que, como no ven, niegan lo que no pueden ver.

Poco que hacer, pues, con aquellos “clientes” que iban llegando, parando sus vehículos, discutiendo el precio y llevándose a las muchachas en cuestión o satisfaciendo sus deseos allí mismo. Constaté, una vez más, que muchos de esos “clientes” eran hombres casados y con familia. Y, sin embargo, no tenían ningún escrúpulo en arriesgarse a contagiar luego a sus cónyuges lo que allí se exponían a contraer. Ni mucho menos, les remordía la conciencia por su infidelidad que, eso sí, serían incapaces de admitir por parte de sus esposas.

De pronto, vi llegar a un joven cuya aura era distinta. No estaba dominada por el rojo oscuro de la pasión. Era más bien desesperación emocional lo que le embargaba. Lo rodeaban varios desencarnados viciosos del sexo, haciéndole sugerencias. Pero su aura de buena persona me ofrecía un resquicio para ayudarlo. Investigué su vida contemplando sus átomos simiente. Era estudiante. Había tenido un amor no correspondido y ello le había producido una frustración muy grande que desembocó en una especie de depresión, que los desencarnados se encargaron de incrementar. Por fin, había caído: Iría al parque y entregaría a otra mujer todo el amor que su elegida había despreciado. Una vez más, observé la terrible confusión entre deseo y amor que las fuerzas negativas se dedican a propalar.

El joven estaba nervioso. Era la primera vez que intentaba un contacto sexual. Pasó junto a una joven morena que le hizo señas. No se atrevió y siguió adelante, mientras observaba la larga fila de candidatas. En ese momento, intervine. Le sugerí fijarse en una rubia que se veía a lo lejos. Aceptó la sugerencia y aceleró hacia ella. La joven se acercó y se asomó a la ventanilla de la derecha, previsoramente abierta por el joven. En ese instante le hice observar el enorme parecido que había entre su propia madre y la prostituta. El parecido no consistía sino en el pelo rubio, que en ambas era teñido; pero la sugestión surtió su efecto. El joven reaccionó inmediatamente y aceleró, dirigiéndose a su hogar. Aquella noche meditó, impresionado, sobre lo sucedido. Con una pequeña ayuda por mi parte, imaginó a su madre en aquel parque, acuciada por la necesidad, y sintió que su corazón se le partía. E imaginó a la joven rubia, antes de ser prostituta, llena de vida y de ilusiones y de proyectos... Y se vio a sí mismo, intentando irresponsablemente hundirla más aún en el cieno, en vez de tenderle una mano.

Por esa vez, se había salvado. Además, observé que la joven en cuestión era portadora del sida.

* * *

III.- LA AGRESIÓN

Oí una llamada de auxilio. Venía de la puerta de una discoteca. Acudí de inmediato, ya que en el mundo del deseo o astral no existen, prácticamente, las distancias y basta desear estar en algún lugar para lograrlo. Y me encontré con la frecuente escena de una riña. Dos jóvenes estaban discutiendo con otro, con el fin de provocarlo y perjudicarlo como fuese. Ambos habían bebido y los vapores del alcohol en sus estómagos habían atraído a una serie de gusanos etéricos horribles, que se alimentan con esos vapores. Tenían, además, cada uno de ellos, adosado a su espalda, un desencarnado, que en ese plano se suele ver negro, ambos adictos al alcohol y a la violencia subsiguiente en sus respectivas vidas anteriores. Estaban azuzando a los dos jóvenes para que agredieran al otro. Éste no había bebido. Ni siquiera había estado en la discoteca. Simplemente, pasaba por allí, pero su aspecto había llamado la atención de los dos, porque no se parecía a ellos. El joven, al verse acosado y acorralado contra la pared por los dos agresores, había inconscientemente emitido una llamada de auxilio, que fue la que yo capté, debido a ciertas afinidades astrológicas entre el joven y yo mismo.

Pronto me di cuenta de que uno de los dos agresores llevaba una pistola en el bolsillo. Leí su pensamiento de disparar a la menor resistencia del otro. Su mente estaba, lógicamente, ofuscada por el alcohol y por su obsesor desencarnado, de modo que, en ese momento, era un monigote, un autómatas en manos de éste.

Rápidamente, materialicé un dedo. Cuando se funciona en el astral, como se carece de cuerpo físico, que se ha dejado en la cama durmiendo y recuperándose de los desgastes de la última jornada, no se puede actuar en él físicamente. Pero, mientras se está vivo, es decir, mientras se permanece unido al cuerpo físico por el Cordón de Plata, es posible concentrar la mente y atraer el polvo de las proximidades, de modo que se acumule sobre la parte del

cuerpo etérico que se desee materializar. Una vez creado ese instrumento, ya puede uno manejarlo e influir en el mundo físico.

Materialicé, pues, el dedo índice de mi mano derecha y apareció junto al propietario de la pistola. Luego, localicé un coche patrulla en la calle siguiente y les sugerí a los agentes pasar por la discoteca.

En ese momento, el joven había rechazado un empujón del agresor armado y éste, obedeciendo a su anterior propósito, sacó la pistola y disparó a quemarropa. Afortunadamente, yo había materializado a tiempo el dedo y pude desviar el arma, de modo que la bala fue a incrustarse en la pared, casi en el momento en que el coche patrulla daba la vuelta a la esquina próxima.

Por supuesto, el joven nunca sabrá cómo salvó la vida, ya que ningún Amigo Invisible busca presumir, sino servir. Tampoco el agresor se explicó nunca cómo pudo fallar, estando el blanco tan cerca.

Por cierto, acompañé a los dos agresores a la comisaría. Sus obsesores ya los habían abandonado, visto que la aventura ya no tenía atractivo. Allí pude sugerir al que había disparado, y me aceptó la sugerencia, no volver a beber más de la cuenta y no tener nunca más un arma, porque no compensaba la satisfacción o el placer momentáneo de sentirse superior a alguien con las consecuencias posteriores.

* * *

IV.- EN CENTROAMÉRICA

Cuando empecé a actuar como Amigo Invisible se me dijo que debía visitar aquella zona de Hispanoamérica, aprovechando las últimas horas de sueño aquí, que coinciden con las primeras de allí, para darme cuenta de las atrocidades que se estaban cometiendo y, aprovechando el hecho de hablar el mismo idioma que ellos, ser lo más útil posible.

La primera llamada de auxilio me vino de las proximidades de una aldea de un país centroamericano azotado por la guerra civil. En una choza perdida en la selva, yacía, con las ropas destrozadas y medio moribunda, una joven nativa que había sido violada decenas de veces por una serie de soldados que reían e insistían en su degradación, mientras la joven se desangraba.

Su cara estaba hinchada, sus pechos, desgarrados, su abdomen era un charco de sangre. Apenas llegué, la joven expiró.

Vi salir sus cuerpos etérico y de deseos del cuerpo físico, y me acerqué a ella. Estaba horrorizada. Vio su propio cuerpo físico masacrado por aquellos soldados y empezó a gritar y a llorar sin comprender nada, presa del pánico, del terror y del dolor que ella suponía que debía sentir.

Y ahí estaba mi papel. Me aproximé a ella, que no mostró el menor miedo, debido a la luz dorada de mi cuerpo alma, a mi sonrisa y a mis manos tendidas. Le dije:

- No temas. Ya ha pasado todo.

La joven siguió llorando. Le tomé una mano entre las mías, con afecto, la dejé desahogarse un momento y añadí:

- He venido a ayudarte.

Mis palabras surtieron un efecto repentino. La joven dejó de llorar y me miró sorprendida e inquisitiva.

- Mira. - le dije - Quiero que comprendas que has muerto. Observa tu cuerpo. ¿Lo ves? Está destrozado. Y tú has sufrido mucho en él. Pero ahora ya estás en otro mundo. Ahora, si tú no quieres, ya no te duele nada.

Su rostro manifestó un enorme asombro.

- Sí. - le dije - Vamos a ver: Piensa que no te duele y no te dolerá.

La joven lo hizo así y sonrió. Se había desprendido del dolor.

- Ahora, - añadí - piensa que no tienes heridas, imagínate sana, limpia, con tu mejor traje.

La joven cerró los ojos, se concentró y su aspecto cambió. Luego los abrió, me miró y me dijo:

- ¿Usted es Dios?

- No. No soy Dios. - sonreí - Sólo soy un hombre. Un hombre normal, que me preocupo por los que sufren. Ten presente que, en este mundo en el que estamos, todo lo que piensas, se realiza enseguida, así que no temas. Aquello ya pasó. Fue tu vida en el mundo físico. Ahora, lo que debes hacer es rezar, ¿sabes rezar?

- Sí. ¿Qué he de rezar? - me dijo.

- ¿Sabes el Padrenuestro?

- Sí.

- Pues rézalo. Rézalo conmigo. Pero antes has de hacer algo.

- ¿Qué?

- Mira a esos soldados

Dirigimos nuestras miradas hacia ellos. Uno estaba aún tendido sobre el cuerpo ensangrentado, sin haberse apercibido de que ella había muerto. Ella los miró y volvió a echarse a llorar.

- No llores. Eso ya ha pasado. Pero, antes de rezar, tienes que pensar un poco.

- ¿Qué tengo que pensar?

- Piensa en ellos. - le dije, señalando a los soldados - Son hombres que, si no hubiera guerra, seguramente serían normales. Ellos no tienen nada contra ti. Sólo se han dejado influir por el ambiente de la guerra y no han sabido refrenarse. Pero son hombres normales. Son humanos. Como tú y como yo. Son nuestros hermanos.

La joven me escuchaba en silencio y su mirada iba de mí a los soldados y de ellos a mí.

- Tú has visto - proseguí - cómo he venido a ayudarte. Si yo no hubiese venido tú habrías permanecido, quizá años, junto a tu cuerpo, llorando de dolor y sin saber que habías muerto. Pero he venido y ahora has comprendido que lo que ha muerto ha sido tu cuerpo, pero que tú sigues viviendo y, además, te han desaparecido el dolor y las heridas, ¿verdad?

- Sí.

- Pues yo también, en una de mis existencias pasadas, fui como estos soldados. También hice muchas atrocidades y, poco a poco, vida tras vida, he ido aprendiendo lo que se debe y lo que no se debe hacer. Por eso, antes de rezar conmigo, quiero pedirte que no guardes rencor a los soldados. Cierto que han sido crueles contigo, que te han arrebatado, del modo más desagradable, la vida y el futuro. Pero no te preocupes. Todo aquello de que se te ha privado, lo recibirás en tu próxima vida en la tierra. Tu papel ahora consiste en compadecerlos y en perdonarlos. Tú sabes que en el Padrenuestro se dice “Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, ¿no?

- Sí.

- ¿Y qué crees que quiere decir?

- Pues eso. Ya comprendo. Sí. Lo comprendo y los perdono.

- Entonces, - dije - ya podemos rezar el Padrenuestro. Y, si lo rezas de verdad, te elevarás a otro plano mucho más hermoso y tu vida continuará. Tenlo por seguro.

Rezamos el Padrenuestro con gran devoción y vi cómo su cuerpo de deseos era rodeado por una luz cegadora que lo hizo desaparecer de mi vista, al elevarse a planos donde ya no necesitaba mi ayuda y, por tanto, no había de centrar mi conciencia para seguirlo. Mi tiempo, como el de todos los Amigos Invisibles, es precioso y procuramos no perderlo, una vez realizado el trabajo.

* * *

V.- LA PREPARACIÓN PARA EL SERVICIO

Durante varios años trabajé en equipo. Todas las noches nos reuníamos doce Amigos Invisibles, cada uno nativo de uno de los doce signos del zodiaco, bajo la dirección de un médico, también Amigo Invisible.

La razón es sencilla: De ese modo, podíamos realizar curaciones a las personas que nos lo pedían, siempre de acuerdo con sus deudas de destino o karma. Cada uno de nosotros podía, mejor que los demás, ayudar con sus vibraciones al enfermo perteneciente al mismo signo. Los demás, contribuían a incrementar el caudal vibratorio de prevención y protección futura. El médico, conocedor del cuerpo humano, nos indicaba en qué consistía la enfermedad o lesión, y dónde aplicar nuestra energía.

Téngase en cuenta, además, que el cuerpo etérico es el que hace vivir al cuerpo físico y que, consecuentemente, tanto la enfermedad como la curación se dan antes en aquél que en éste. De modo que, trabajando sobre el etérico, se detectan y se evitan enfermedades o se curan más rápidamente.

Generalmente se cree - los que creen en el más allá - que, por el mero hecho de morir aquí y pasar al llamado "otro mundo", ya se convierte uno en sabio y en santo. Y no hay nada de eso. En el "otro mundo", es decir, en el mundo del deseo o astral, que es el primero al que vamos al morir - si bien hay quien se queda por algún tiempo en la zona etérica inferior, pegada al plano físico denso, como consecuencia de su materialismo y degradación - hay que aprender a manejarse, como en éste. Y el que más aprende, es el que mejor se desenvuelve. Por eso hay una serie de clases y de trabajos, al principio, que no tienen más finalidad que la de familiarizarnos con las nuevas condiciones en las que hemos de actuar.

Una de las cosas que más cuesta de asimilar es el hecho de que, con nuestro cuerpo de deseos recubierto por el cuerpo alma - formado por los dos éteres superiores del cuerpo vital - podemos atravesar las paredes, las rocas y las montañas, podemos permanecer bajo el agua sin peligro y en el fuego sin

quemarnos y en medio de los huracanes sin que nos afecten. Es decir, dominamos los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra, que el hombre es incapaz de resistir cuando se soliviantan: Terremotos, incendios, volcanes, inundaciones, naufragios, huracanes, tifones, etc.

Al principio de actuar como Amigo Invisible, se asiste a clases, tanto de ética, de filosofía y de teoría como de práctica. Esas clases tienen lugar en aulas, como las de aquí, pero de materia de deseos. Para entrar en cualquiera de ellas es preciso conocer la "palabra de pase", que es distinta cada mes. Además, uno debe poseer en su cuerpo alma y de deseos una tasa vibratoria mínima, según sea la reunión de que se trate. Y, si se pretende penetrar en una clase o en una reunión cuya vibración mínima es superior a la propia, se encuentra uno con una especie de muro infranqueable.

Con el fin de aprovechar la mayor cantidad de horas, los Amigos Invisibles se suelen acostar temprano y, apenas se duermen, dejan el cuerpo físico en la cama y comienzan la actividad que tengan encomendada.

Antes de dormirse es preciso realizar el llamado "ejercicio de retrospección", que no es sino un repaso, en orden inverso, (con el fin de ver, primero los efectos y luego sus causas) del día recién terminado. Durante él, uno revive cada acto, cada palabra, cada pensamiento, cada situación, y se pregunta cuál ha sido su propósito y en qué ha fallado. Y, si ha sido así, trata de sentir todo el dolor que ha podido producir a los demás. También, cuando proceda, trata de sentir toda la felicidad que ha proporcionado a otros.

Generalmente, pasan varios años (como mínimo, dos) desde que uno despierta a la vida superior, es decir, desde que se plantea en serio "la gran pregunta" (¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? ¿Qué se espera de mí? ¿Por qué?), recibe las primeras lecciones y empieza a buscar la respuesta, hasta que la encuentra.

Y todos pueden comprobar la vigencia de la ley oculta, según la cual, *"el Maestro siempre aparece cuando el discípulo está preparado"*.

Cuando uno comienza a querer explicarse la vida y la muerte, siempre se cumple otra ley oculta que Cristo formuló clarísimamente cuando dijo: *"Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá, pedid y recibiréis; porque el que busca, encuentra, el que pide, recibe y al que llama, se le abre"* (Mateo, 7:7-8 y Lucas, 11:9-11). A esto se refiere Y, sin excepción alguna, cuando uno empieza a "buscar", siempre le llega la respuesta orientadora, bien mediante un libro, por medio de un amigo o de un desconocido o de una asociación o de cualquier otro modo, pero acaba en el lugar en el que se le pueden dar respuestas. Por su parte, el Dios Interno, el Cristo Interior, que

todos llevamos dentro, despertado por esa inquietud, comienza a hacerse oír y a conducirnos, aprendiendo a aceptar las enseñanzas correctas, que siempre son gratuitas, y a rechazar las que se le ofrecen a cambio de una retribución, sea la que sea.

Y, como estudia y medita y reflexiona y, sin perjuicio de seguir siendo una persona normal, un padre o una madre o un hijo o una hija y, además, un profesional o un obrero manual o un estudiante o un ama de casa, sin que nadie se dé demasiada cuenta, va viendo las cosas más claras y, consecuentemente, va ajustando sus pensamientos, sus deseos y sus acciones a esos nuevos conocimientos, y va viendo más y más luz. Y su deseo de auxiliar y servir a sus hermanos necesitados de ayuda, va aumentando. Y llega un momento, aproximadamente dos años después del primer “encuentro” con “la verdad”, en que, durante el sueño, mientras el cuerpo físico descansa y se recupera de los avatares y desgastes del día, comienza a despertar de la inconsciencia en que ha estado hasta entonces sumido durante la noche, salvo raras excepciones, y empieza a actuar como Amigo Invisible.

Este servicio tiene varias ventajas: En primer lugar, aumenta la visión y la comprensión del mundo. En segundo término, se concientia uno de que todo lo existente es como un organismo, un conjunto, en el que cada cual tiene un papel que desempeñar, en el que todos son importantes y en el que todos importan; que unos están más adelantados que otros y los adelantados son los que han de ayudar a los atrasados. En tercer lugar, se aprovechan las horas de sueño para servir desinteresadamente a quienes lo necesitan, con lo cual, se evoluciona más deprisa puesto que, a las actividades del día, se añaden las de la noche, teniendo en cuenta que los vehículos superiores (cuerpo etérico superior, de deseos y mental, y los tres Espíritus) no sienten cansancio ni sueño ni, por tanto, han de dormir. Y, por fin, el servicio desinteresado al prójimo, bien durante las horas de vigilia, bien durante la noche como Amigo Invisible, desarrolla el cuerpo alma, lo que Cristo llamaba “el dorado vestido de boda”, cuya carencia hizo que fuera expulsado del banquete el que entró sin él (Mateo, 22:11-14). Este cuerpo alma, de luz dorada, compuesto de los dos éteres superiores del cuerpo etérico, que sólo se desarrollan mediante el servicio amoroso y desinteresado al prójimo, aureola todo el cuerpo de deseos y, además, sirve de vehículo para viajar, a voluntad, con plena conciencia y conservando la sensibilidad y la memoria, por los mundos espirituales. De él habla san Pablo también en su primera Epístola a los Corintios (15: 42-45).

Durante algún tiempo, todas esas actividades como Amigo Invisible, si bien se realizan con plena conciencia en el mundo del deseo y, por tanto,

quedan grabadas en los átomos simiente de nuestros cuerpos, para el período post mortem, y como archivo de nuestra evolución toda, no se recuerdan por la mañana al despertar. A veces, se tienen vagas reminiscencias de personas o de lugares o sucesos, pero nada de ello se evoca como verdaderamente sucedido.

Tras otro período, más o menos largo, según el grado de evolución y de constancia y de entrega de cada uno, llega un momento en que se empieza a recordar, al despertar, todo lo realizado durante el sueño, de modo que, prácticamente, ya se posee la “conciencia permanente,” pues no queda ningún momento de las veinticuatro horas olvidado ni oculto.

Más adelante, al recibirse la primera iniciación, se aprende a abandonar voluntariamente el cuerpo físico en pleno estado de vigilia, momento crucial en la evolución porque, desde entonces, se ha vencido a la muerte, ya que uno va con frecuencia y a voluntad a trabajar al mundo al que todos vamos a pasar al morir. A este momento y a este grado de evolución se refería San Pablo cuando exclamaba: ‘*¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?*’ (I Corintios, 15:55-56).

Y así continúa la evolución. Siempre adelante. Siempre hacia arriba. Empujada por la única fuerza capaz de empujarla: el amor.

Sólo el amor, pero el amor entendido como Cristo dijo: “**Ama a tu prójimo como a ti mismo**”. Sólo ese amor nos hace evolucionar y alcanzar cotas y facultades que la Humanidad alcanzará, al paso que va, dentro de miles y miles de años, tras una serie casi interminable de vidas llenas de problemas, de dolor, de desesperación, de ceguera, de sembrar odio y recoger su cosecha de sufrimientos, sin caer en la cuenta de que todo se lo ha proporcionado ella misma...

Vale la pena. Pero se necesita voluntad, temple, ideas claras y valentía. Bastantes son los que, llegados a estas cotas, sobre todo a la anterior al recuerdo de lo hecho durante la noche, creen no haber avanzado, dudan de las Enseñanzas y pierden la ocasión que se les había dado y que no se les volverá a brindar hasta pasadas unas cuantas vidas más. A eso se refería Cristo cuando decía que “*muchos son los llamados y pocos los escogidos*” (Mateo, 9:38).

De todos modos, cada uno de nosotros tiene a su alcance la “evolución acelerada”. Depende de él. Pero no se trata sólo de querer o de desear convertirse en “amigo invisible”, porque para serlo durante la noche en los mundos superiores, es preciso serlo antes aquí, durante el día, es decir que sólo los que primero son “amigos visibles” pueden aspirar luego a actuar como “amigos invisibles”. Eso hay que tenerlo muy claro.

VI.- EL SUICIDA

Sobrevolaba Madrid en busca de alguna posibilidad de servicio. Todo parecía tranquilo. Era invierno. Las calles estaban desiertas. En la ciudad se veían los habituales nubarrones del egoísmo, el odio, la envidia, la depravación, la sexualidad, el alcohol, la droga, los mataderos...

Se distinguían claramente los hospitales, con los rayos negros incidiendo, de modo convergente, sobre ellos, desde distintos ángulos, y los rayos luminosos, raudales de amor, que casi ocultaban a aquéllos.

Como islas de luz, que irradiaban constantemente a todo su entorno y servían como almacenes de donde Amigos Invisibles y ángeles extraían energía para sus actividades, se podían localizar claramente todos y cada uno de los conventos de clausura de la ciudad. Si la gente, que piensa que esos religiosos contemplativos no hacen nada útil, supiera que, gracias a ellos, la vida no es más difícil, ni más cruel, ni más injusta, y cada vez hay más luz en muchas almas, cambiarían radicalmente de opinión. Pero, ¿qué hacer? Cada uno está en su sitio. Cada cual es libre, y siembra y recoge y va aprendiendo y, con ello, evolucionando. Y, el que en una vida es asesino, en otra puede ser fraile cartujo y, con sus oraciones, compensar los daños que hizo, una vez comprendido su error. Y el que fue gobernante, renacerá como ciudadano de tercera si no supo desempeñar bien su papel, al que se había hecho acreedor en vidas anteriores. Y el que usa mal su riqueza, creyendo que la tiene para su disfrute exclusivo y para aumentarla a costa de sus hermanos, será luego de los explotados y aprenderá la lección.

Todo está bien. Todo es perfecto. Cada uno, antes de preparar su renacimiento, estudia su última vida y las anteriores a ella y decide qué quiere hacer, qué quiere reparar o construir o aportar, y elige el entorno social, los padres, el cónyuge, el momento y modo de la muerte y, luego, se lanza al mundo. Lo que ocurre es que, esa visión de la propia situación y de las deudas contraídas y de los proyectos, se hace en un plano muy elevado (Región del

Pensamiento Abstracto del Mundo del Pensamiento o Tercer Cielo) y, luego, cuando, atravesados la Región del Pensamiento Concreto, el Mundo del Deseo y la Región Etérica del Mundo Físico, se nace aquí y se concentra en este plano la conciencia, aquellos propósitos se ven obstaculizados por la poca fuerte voluntad, las muchas tentaciones, las tendencias negativas no superadas y las aún no suficientemente arraigadas virtudes. Y uno se desvía, y luego, al morir, tiene que ver, con horror, que ha fallado y que, donde quería hacer el bien hizo el mal. (San Pablo dice textualmente: ‘*Lo que quiero hacer, no lo hago y, en cambio, hago lo que no quiero hacer*’ (Romanos, 15:16). Pero, la voluntad se va robusteciendo y la comprensión del mundo y de la vida se van ampliando y todos, lo queramos o no, somos empujados suave pero amorosamente, por la mano de Dios. Siempre adelante y siempre hacia arriba, aunque a veces caigamos y fracasemos. La mano y el empujón cariñosos no nos abandonan nunca.

En medio de estas reflexiones, percibí inesperadamente una vibración especial que llamó mi atención. Provenía de un hombre de unos cincuenta años que, debido a una serie de problemas que pude ver en la memoria de la naturaleza, había decidido quitarse la vida. Para ello había pensado arrojarse al metro.

Lo estudié de cerca. Estaba desesperado. Había perdido la ilusión de vivir y la esperanza. Le habían dicho que no había más vida que ésta, y que luego no había nada. Y él lo había creído. ¿Para que, pues, seguir viviendo? Su mujer lo había abandonado; sus dos hijos habían muerto de sobredosis de heroína; una hija que le quedaba, no quería saber nada de él; la empresa en la que trabajaba había hecho una reducción de plantilla y lo habían dejado en la calle y, prácticamente, debido a su edad, sin posibilidades de encontrar nuevo trabajo.

Ante sus ojos tenía una nube que le hacía verlo todo negro. Estaba su aura llena de elementales de desesperación, que fomentaban ese sentimiento y lo hacían inmune a cualquier ayuda, mental o emocional, que se le quisiera prestar, formando a su alrededor como una especie de jaula gris, oscura y lóbrega, en cuyo centro nuestro hombre no veía más solución que el suicidio.

Él no sabía, claro, que el suicidio es uno de los errores que peores consecuencias acarrea a quien lo comete. Porque, inmediatamente después de morir, los suicidas se ven arrastrados por las corrientes de pasión que dominan la Región Inferior del Mundo del Deseo y que se corresponde con el tradicional infierno que, por cierto, no existe como descrito ni como eterno. Y allí son objeto de toda serie de vejaciones, ataques y terrores, para acabar

aislados, a oscuras, en una soledad y una oscuridad inconcebibles para el hombre corriente, asustados, aterrorizados, rememorando continuamente cada instante del suicidio cometido, atraídos inevitablemente por el lugar en que se llevó a cabo, y comprendiendo que todo aquello es mucho peor, infinitamente peor, que lo que tanto temían afrontar en vida. Y eso, hasta que llegue el día en que debieron morir de muerte natural, como ellos mismos habían programado antes de nacer. Por eso, los que en una vida han sido suicidas y lo han pasado así de mal, sienten tal terror ante la muerte que no pueden ni siquiera oír hablar de ella.

Pero aquel hombre no sabía nada de todo eso. Estaba aturdido, cegado. Como todos los suicidas, ordenó sus cosas metódicamente. Después escribió una nota que decía: "Sólo culpo a la vida de mi muerte", se la guardó en un bolsillo de la chaqueta y salió de su casa en dirección a la estación del metro más próxima a su domicilio.

Yo no disponía de mucho tiempo, así que me materialicé, cosa que es tan sencilla como desearlo, y me hice el encontradizo, tropezando con él en la calle.

- Perdone. - le dije.

No me contestó y siguió andando.

- ¿No le conozco? - insistí.

- No.

- ¿Y usted no me conoce a mí?

- No.

- Pues yo lo he visto antes.

- ¿Y qué?

- Que me alegro de encontrar a un conocido. Estoy en una encrucijada y necesito ayuda de alguien. No ayuda económica, sino ayuda moral, ¿sabe? Necesito hablar. Tengo un problema grave y me siento muy solo. Y, como estoy seguro de que hay muchas personas que se sienten como yo y a las que les gustaría tener a alguien que las escuche y que las comprenda, pero no la encuentran, he salido a la calle en busca de alguien que esté viviendo esa situación y usted tiene cara de poder ser esa persona.

- Es que...

- No piense que soy un drogata ni un ladrón ni un delincuente. Sólo soy un hombre que necesita que le ayuden. ¿No tiene usted tiempo?

- ¿Tiempo? Sí. Tengo mucho tiempo.

- Permítame, pues, que le robe unos minutos. No me niegue este pequeño favor.

Tras un instante de reflexión dijo, encogiéndose de hombros:

- Bueno. Si quiere podemos subir a mi casa. Está aquí cerca.
- Se lo agradezco de veras.

Dicho esto, comenzamos a andar hacia su casa. Antes de llegar a ella, sin embargo, nos pidió limosna un hombre de unos treinta años que llevaba a cuestas una mochila llena. Tenía todo el aspecto de carecer de hogar. Y, así era. Lo vi en la memoria de la naturaleza. Pensé que podría ayudarme a arropar al otro, al tiempo que yo podría ayudarle a él. Así que lo miré a los ojos y le dije:

- ¿No tienes casa?
- No. - respondió.

Mi compañero lo miró también. Luego miró la mochila que llevaba al hombro y le preguntó:

- ¿Qué llevas ahí?
- Mis cosas. No tengo donde dejarlas, así que las he de llevar conmigo.

El suicida dudó un momento. Instante que aproveché para sugerirle la idea, que me aceptó enseguida, de invitarlo a subir con nosotros a su casa. Así que le dijo:

- ¿Quieres venir con nosotros? Íbamos a mi casa a charlar un rato. Mi amigo - añadió, refiriéndose a mí - se encuentra necesitado de conversación, lo mismo que yo, y a ti pienso que tampoco te vendría mal.

- De mil amores. - se apresuró a responder el otro, vislumbrando la posibilidad de pasar la noche bajo techado.

- Pues vamos. - concluyó mi amigo, dirigiéndose a su portal.

Entramos los tres, subimos a su piso y nos sentamos en el comedor. El suicida se había ya recobrado. La idea del suicidio había pasado a segundo plano, como en retaguardia, en espera de otra ocasión. En esos momentos se sentía acompañado y su generosidad le hizo ofrecernos unos tacos de queso manchego, media tortilla española, un trozo de pan y un vaso de agua fresca.

Yo me excusé diciendo que había cenado hacía poco y aproveché aquel tiempo para averiguar que el piso era suyo y que el sin hogar era electricista. Había llegado de su pueblo tres meses atrás, contratado por una empresa constructora. Vivía en un hostel de ínfima categoría y estaba vislumbrando cómo empezar a levantar cabeza, cuando un malentendido en el que él no tenía ninguna culpa, hizo que lo despidieran. Días después, sin haber encontrado trabajo y con su dinero agotado, tuvo que abandonar el hostel y echarse a la calle. Y así llevaba ya tres días.

Vi que los dos podían ayudarse, así que hice porque habláramos del tema, iniciando yo la cuestión:

- ¿Hace mucho que estás sin techo?

- Tres días... y tres noches. - respondió.

- Claro, - dijo el dueño del piso - que las noches son lo peor, ¿no?

- No. Lo peor es que, como no puedo asearme ni lavarme ni cambiarme de ropa, cada vez tengo peor aspecto y me resulta más difícil encontrar empleo. Yo soy electricista y trabajo bien y puedo ganarme la vida. Pero así...

- dijo mirándose la ropa y las manos.

Aproveché para sugerir al otro que le hiciese una oferta que podría beneficiar a los dos. Y la captó:

- ¿Qué te parecería quedarte aquí conmigo mientras encuentras trabajo? Tienes cara de buena persona. Y yo sólo no necesito todo el piso. - dijo.

- Estoy seguro - me apresuré a intervenir - de que vas a encontrar trabajo pronto. Aunque sólo sea haciendo chapuzas en el barrio.

- Sí, - dijo el suicida - yo creo que si hacemos un poco de propaganda en el vecindario, podrías defenderte. Y, hasta entonces, puedes quedarte aquí. Yo lo tengo peor, pues soy administrativo y, a mi edad, es casi imposible que me contrate nadie. Cuando te he encontrado, - dijo mirándome - estaba desesperado. Hasta me había pasado por la cabeza tirarme al metro...

- ¡Qué barbaridad! - dijo el otro - Pues yo no. Yo no me tiro al metro. A mí me parece que la vida ofrece muchas oportunidades, ¿no? - concluyó, dirigiéndose a mí.

- ¡Y tantas! - dije - La vida es maravillosa. Es un regalo. Y hay que agradecerla cada día. Porque tiene momentos malos, pero también los tiene buenos. Es sólo cuestión de tener claro que somos nosotros mismos los que, con nuestras decisiones y nuestros actos la hemos ido dirigiendo hasta donde estamos. Y que, por tanto, podemos dirigirla a otro sitio. Y, por otra parte, sólo hay que mirar cuánta gente, cuántos millones de hombres están peor que nosotros, para agradecer profundamente lo que tenemos...

- Exacto. - dijo el electricista - Yo pienso así.

- Tenéis razón. Hace un momento yo no veía luz y ahora me encuentro tan a gusto charlando con vosotros. ¡Quién me lo iba a decir hace un cuarto de hora!. Por cierto, - añadió mirándome - ¿cuál es tu problema? Me has dicho que necesitabas contárselo a alguien, así que exponlo y, a lo mejor, entre los tres podemos resolverlo.

Mi labor estaba concluida. Así que respondí:

- No. Mi problema no era, en realidad, mío. Aunque vuestra compañía me ha ayudado a aclararlo y, ahora, para mí, ya no es tal problema. Y, a propósito, yo tengo que volver a casa. Os dejo aquí, calentitos y con un proyecto en común. Adiós, amigos. Ha sido una noche encantadora. Gracias. Volveremos a vernos.

Durante los días siguientes vigilé a mis dos amigos e hice lo que pude por que resolvieran sus problemas. Haciendo propia una pequeña sugerencia que le hice, la hija del suicida reanudó la relación con su padre y la idea del suicidio se borró de su mente para siempre.

* * *

VII.- EL NIÑO PERDIDO

Era en el campo, en un cortijo extremeño. Cuando acudí a la llamada - que, generalmente, es una plegaria, un grito de socorro - me encontré a una madre joven, desesperada porque no encontraba a su hijo de dos años. Era ya de noche. Y, a medida que pasaban los minutos, los nervios se iban apoderando de toda la familia, compuesta por ella, su marido y los abuelos paternos.

Habían ya buscado al niño por todas partes sin dar con él. Ya no sabían qué hacer. Pensaban en algún perro vagabundo, hasta en algún lobo, en un secuestro, en la posibilidad de que el niño hubiese sufrido un accidente...

Porque, habían examinado todos los rincones de la casa, registrado la cuadra, bajado al pozo, recorrido varias veces los alrededores hasta una distancia lógica, llamado al niño cientos de veces... todo sin resultado.

Así que, cuando llegué, estaban verdaderamente desesperados. El padre había decidido ir al pueblo, a tres kilómetros, a pedir auxilio a la Guardia Civil y a los vecinos, y estaba enjaezando la caballería.

Yo estudié la memoria de la naturaleza y encontré al niño, dormido, acurrucado dentro del horno en el que la madre, cada dos o tres días, cocía el pan, y que estaba situado en el corral. Vi que la mañana siguiente iba a hornear, puesto que la masa estaba ya preparada, con la levadura fermentándola.

El horno estaba demasiado alto para que un niño de dos años se subiese a él. Pero, consultando el éter reflector o memoria de la naturaleza, comprobé que, hasta poco antes de anochecer, había estado apoyada en la boca del horno, mientras el padre limpiaba el gallinero, una madera de dos metros de larga por treinta centímetros de ancha, con varias tablas clavadas transversalmente a guisa de escalones, para que las gallinas pudiesen subir a su habitáculo. Pero, antes de darse cuenta de la desaparición del niño, cuando el padre terminó su trabajo de limpieza, había retirado la madera en cuestión

de la boca del horno y la había colocado de nuevo en su sitio. Por eso a nadie se le ocurrió buscar dentro del horno, cuya boca estaba a más de metro y medio del suelo.

Lo grave del asunto era que el niño se había refugiado y dormido en un rincón del horno, detrás del montón de leña que su madre tenía preparado para hacerla arder la mañana siguiente, de modo que su descubrimiento se hubiera producido demasiado tarde.

Una vez comprobado todo esto, me fue fácil sugerir a la mujer que, si venía gente del pueblo a ayudarles a buscar a su hijo, necesitaría tener pan, así que se encaminó hacia el horno. Ya junto a él, le transmití la imagen de su hijo dormido tras la leña. Como movida por un resorte, encendió una cerilla para alumbrarse, separó la leña con la pala y descubrió al niño, plácidamente dormido.

Quiero aclarar que a los Amigos Invisibles nos resulta fácil sugerir ideas o transmitir imágenes, pero tenemos absolutamente prohibido, forzar ninguna voluntad. Por eso, sólo podemos ayudar a quien pide auxilio o a quien lo necesita y es receptivo a nuestras sugerencias. Pero nunca, jamás de los jamases, por ningún concepto, forzamos nada ni a nadie. Una de las cosas más sagradas que hay en todos los planos de existencia es la libertad, y no debemos quebrantarla nunca, aunque nos duela, aunque nos parezca injusto: Hay que dejar al hombre obrar libremente y ayudarle a que aprenda a hacer el mejor uso posible de esa libertad. Y, a veces, el mejor sistema consiste en dejarlo que experimente las consecuencias de su empleo inadecuado. Pero siempre que podemos, estamos allí para prestar la ayuda necesaria o conveniente.

En eso se diferencian precisamente los magos blancos de los magos negros. Los primeros actúan siempre, sin excepción alguna, altruístamente, es decir, sin pedir ni recibir ni pretender nada (ni dinero, ni riquezas, ni poder, ni fama, ni agradecimiento), y sólo por amor al prójimo. Y sin forzar ninguna voluntad. Los magos negros, en cambio, que usan las mismas fuerzas y los mismos poderes y facultades, actúan de modo egoísta, por obtener algo a cambio, y violentan las voluntades y coartan la libertad de los demás sin ningún escrúpulo.

Esa es la razón de que, ya en las Escuelas de Misterios de la antigüedad (Babilonia, Jerusalén, Egipto, Grecia, Roma) se castigase con la pena de muerte la divulgación del contenido de las iniciaciones que allí se impartían y las facultades que se alcanzaban. Y, hasta tal punto se respetó el juramento que todos los iniciados prestaron, que ni uno sólo lo traicionó y los

historiadores aún no conocen el verdadero contenido de los Misterios. Porque estas facultades no pueden ponerse en manos de cualquiera que no haya demostrado, con toda seguridad, que no ha de emplearlas en nada que no sea, sólo y exclusivamente, hacer el bien de modo absolutamente desinteresado. Y la mayor parte de la Humanidad, en su estadio de evolución actual, no haría, en absoluto, ese uso de tales facultades. A eso se refería Cristo cuando dijo: ‘*No deis lo sagrado a los perros ni echéis vuestras perlas a los cerdos*’ (Mateo, 7:6).

El lector se preguntará cómo, siendo esto así, existen magos negros. La respuesta es bien sencilla: Todos ellos fueron antes magos blancos. Y fallaron. Cayeron en la tentación del dinero, del poder, de la fama, del sexo, etc., e hicieron mal uso de sus poderes, puesto que la tentación existe a todos los niveles, así para tentarnos como para fortalecernos antes de acceder al siguiente escalón evolutivo. Recuérdese al mismo Cristo que, como modelo de hombre con todas las vicisitudes posibles en su vida, fue tentado. El problema de los magos negros, sin embargo, consiste en que, mientras el resto de la Humanidad, está siendo empujado, suave pero incesantemente, por la mano de Dios, hacia adelante y hacia arriba, ellos han de luchar cada minuto contra esa fuerza irresistible, nadando vida tras vida contra corriente, con lo cual se van quedando atrás, retroceden en la evolución y se abocan a un destino bien triste, consistente en la pérdida de sus átomos simiente y, por tanto, en su desaparición como seres individuales, yendo a parar todos sus componentes al caos, donde serán reciclados para dar lugar a otras oleadas de vida. Son los únicos hombres que, verdaderamente, pueden “perder su alma”. Sus espíritus, no, porque son inmortales. Pero sí sus almas. Y su personalidad y su memoria y su historia como seres humanos.

A estos efectos, recuérdese el pasaje de Simón el Mago en los Hechos de los Apóstoles (8:9-24) y recuérdense también las palabras de Cristo a sus discípulos: ‘*Gratis lo recibís, dadlo gratis*’ (Mateo, 10:8).

En este sentido, no hará falta que llame la atención del lector sobre la gran cantidad de escuelas, sectas y enseñantes que han aparecido en los últimos tiempos y que están produciendo gran perplejidad. Pero, si se mira cuál es su objetivo y, sobre todo, cuál es su comportamiento, pronto se ve claro: Si no pretenden, como única finalidad, ayudar de modo totalmente altruista con sus lecciones y actuaciones y, sobre todo, con su ejemplo, está claro que son impostores o locos. Pero, si esas enseñanzas y actuaciones y ayudas no son gratuitas, no hay que investigar más. Todo aquel que cobra, que exige a cambio algo, mucho o poco, es un Simón el Mago de nuestros días.

Sólo existen en el mundo siete Escuelas de Misterios que no funcionan simultáneamente en el tiempo. Las siete cumplen estos requisitos y preparan a los neófitos como Amigos Invisibles, para pasar luego a iniciados de los distintos grados. Sabiendo esto y que “el que busca encuentra,” sobran las palabras.

* * *

VIII.- LA APUESTA

Era de madrugada ya avanzada. Llovía. Me llamó la atención un vehículo que circulaba por la autopista, a gran velocidad, por la calzada contraria. Me acerqué rápidamente al conductor. Había ingerido bastante alcohol y, en su átomo-simiente pude averiguar que había apostado con unos amigos y pretendía, para ganar la apuesta, recorrer un determinado número de kilómetros con el tráfico de frente. Estaba semiconsciente, pero no se planteaba el peligro a que estaba sometiendo a todos los que, sorprendidos, se cruzaban con él, sin más recurso que sortearlo del mejor modo posible.

Averigüé que tenía un hermano de unos veinte años y, rápidamente, me valí de ello:

Dado que él estaba obsesionado con ganar la apuesta, pero no había en su aura ninguna vibración negativa que me impidiera hacerlo, le sugerí una imagen en la que aparecía su hermano al volante de un coche que circulaba en sentido contrario y que se aproximaba rápidamente. La captó, la hizo suya, eso le hizo imaginarse a sí mismo chocando con su hermano y provocándole la muerte. Inmediatamente, reaccionó, se dirigió al arcén, frenó y se quedó quieto, con la cabeza sobre el volante. Traté de que aquella impresión quedara muy firme en su memoria, repitiéndosela y, luego, aprovechando un momento sin tráfico, le sugerí enderezar el coche y circular en el sentido correcto.

A estas alturas, el lector se preguntará cómo le es posible al Amigo Invisible consultar la Memoria de la Naturaleza o el átomo-simiente de alguien.

La explicación es un poco compleja, pero fácil de entender:

La Tierra está compuesta de sustancias sólidas, líquidas y gaseosas, que todos conocemos, de las que se compone también nuestro cuerpo físico y que vuelven a la tierra tras la muerte. Pero también está compuesta de otras sustancias, más tenues, que tienen características especiales. Son, por orden de

mayor a menor densidad, el cuerpo etérico, el cuerpo de deseos y el cuerpo mental. Nosotros, aunque no lo sepamos, también tenemos esos mismos cuerpos, compuestos, como es lógico, de las mismas materias que los correspondientes cuerpos de la Tierra, de los cuales extraemos las sustancias para formarlos y mantenerlos. Y así, el cuerpo etérico hace posible que viva el cuerpo físico que, en sí no es sino una estatua de materias físicas y en eso se convierte cuando el espíritu y sus vehículos lo abandonan; el cuerpo de deseos o astral, nos permite tener deseos, sentimientos, emociones y pasiones; y el cuerpo mental, formar ideas, razonar, juzgar, pensar.

Pues bien, el cuerpo etérico está compuesto de cuatro capas de distinta densidad que son, en orden de más a menos densos, el éter químico, el éter de vida o vital, el éter de luz y el éter reflector. El primero hace posible la asimilación, la excreción y el crecimiento; el segundo, la reproducción; el tercero, los sentidos, y el cuarto, la memoria.

Los dos últimos éteres, el de luz y el reflector, están formados por dos materias especiales, que pueden, juntas, servir de vehículo a través de los mundos superiores. Se desarrollan mediante el servicio desinteresado al prójimo. Constituyen lo que se llama en las Escrituras "el dorado traje de boda".

Y se puede viajar con ellos - percepción y memoria - junto con los vehículos superiores - cuerpo de deseos y mental - porque de ese modo se conserva la totalidad de la conciencia física y, además, luego, al regresar al Mundo Físico, se conserva también la memoria de lo realizado en los otros planos.

El éter reflector del planeta contiene, grabado en él, todo lo acaecido en toda la Tierra. Es la Memoria de la Naturaleza o Registro Akásico. Por eso, el que puede acceder a ella, conoce lo que desee con toda fidelidad.

Los Amigos Invisibles recurren muy frecuentemente a esa Memoria de la Naturaleza, ya que les facilita información que puede permitirles ayudar a quien lo necesita e investigar el juego de las leyes naturales. Pero, en cambio, tienen total y absolutamente prohibido, tan prohibido como la violación del libre albedrío, el consultarlo por curiosidad o por propio interés.

La consulta del átomo-simiente de alguien se hace del mismo modo, puesto que me refiero al átomo-simiente del cuerpo físico, que recoge y guarda toda la vida de cada individuo o, mejor, todas sus vidas, y está compuesto de éter reflector. Pero también aquí hay que preservar la individualidad y sólo se puede investigar un átomo-simiente si el interesado

pide ayuda o la necesita. Y jamás se puede hacer, de lo que en él se ve, un uso distinto de los indicados.

* * *

IX.- EL KARMA MADURO

La historia que sigue tuvo lugar también en la carretera. En una vía de tercer orden que unía dos pueblos próximos de la Mancha. Yo acababa de realizar un trabajo en una de dichas poblaciones y me dirigía a Madrid, sobrevolando la zona. De pronto, me llamaron la atención las luces de un coche que iba haciendo eses de vez en cuando. Descendí a su nivel y comprobé que el conductor se iba durmiendo. Luchaba contra el sueño y estaba perdiendo la batalla. Su consciencia se iba alejando y en cualquier momento el vehículo se podía salir de la carretera que, en aquel tramo, discurría entre un alto terraplén y la ladera de una colina.

Al instante pensé en acudir en su ayuda haciendo algo que llamase su atención y lo espabilara o sugiriéndole que frenase y durmiese un poco. Pero, inesperadamente, “sentí” la voz del Maestro: “Sería más prudente no intervenir en este caso”. Y me contuve.

El conductor se durmió, el coche se salió de la carretera, hacia el montículo, subió por él, volcó, dio una vuelta de campana y fue a caer por el terraplén, del otro lado, donde quedó con las ruedas para arriba.

En ese momento “sentí” que ya me era permitido actuar. Así que me dirigí al vehículo más próximo de la Policía de Tráfico y sugerí al conductor la conveniencia de recorrer la zona en que se encontraba el accidentado. Llegaron allí, lo vieron, avisaron a los servicios sanitarios de urgencia y se llevaron al conductor, gravemente herido. Como consecuencia del accidente, quedó parapléjico.

El lector, seguramente, no acabará de comprender lo sucedido. Por eso he querido hacer aquí este relato.

En primer lugar, he de aclarar que cualquier Amigo Invisible está al servicio de su prójimo, pero bajo la supervisión de un Maestro.

Y, ¿quiénes son los Maestros o Hermanos Mayores, como también se les denomina? Son, por supuesto, hombres como nosotros, pero que han alcanzado un grado de evolución tal que resulta inimaginable para el hombre común. Y pueden sentir en todo momento cuanto los Amigos Invisibles hacen. Lo sienten de un modo sordo, sin prestarle demasiada atención, puesto que sus propias actividades a favor de la Humanidad son mucho más importantes y no sería lógico dedicar permanentemente su cuidado a pequeños problemas individuales pudiendo ayudar a la totalidad de los hombres desde planos más elevados y en asuntos de mucho mayor calado. Es lo mismo que nos ocurre a nosotros: Todo el día somos conscientes de nuestro cuerpo, sabemos que lo tenemos, pero no le prestamos ninguna atención especial, dado que la tenemos puesta en otras cosas... hasta que nos pinchamos un dedo o nos duele la cabeza o se nos introduce un mosquito en el ojo. Entonces, toda nuestra atención la dedicamos a resolver el accidente. Es lo que se llama “estar en la conciencia del Maestro”.

Lo que ocurría lo supe más tarde, cuando el Maestro me transmitió las escenas que justificaban su sugerencia.

Esas escenas me hicieron ver al espíritu del conductor en su anterior vida, en pleno siglo IX. Había sido carcelero. Y, en el desempeño de su desagradable trabajo, se había excedido y se había hecho célebre por un sistema de castigo para los presos proclives a fugarse, que consistía en quebrarles las piernas por encima de la rodilla.

Tras su muerte, en el período entre encarnaciones, había comprendido la atrocidad de su comportamiento. Y, antes de nacer en esta vida, había aceptado experimentar las consecuencias de aquella conducta, mediante un accidente que lo dejara imposibilitado de las dos piernas.

Él, su personalidad en esta vida, no lo sabrá y, por tanto, se considerará un desgraciado, un abandonado de la mano de Dios a quien, a lo mejor, culpará de su desgracia, sin saber que está, sencillamente, recibiendo las consecuencias de su actos y que, para las leyes naturales, la interrupción entre vida y vida no es significativa, puesto que ellas miran a la evolución, al recorrido total de cada espíritu. Pero su espíritu, ese espíritu que realmente es él y que se vale del cuerpo físico, ése habrá aprendido lo que es estar parapléjico y no volverá a permitir, en otra encarnación, que su personalidad de entonces cometa tal barbaridad.

Como verá el lector, en este caso no procedía mi intervención. Hubiera sido una violación de la voluntad de aquel espíritu, lo que se llama “un karma maduro”, y una transgresión, por mi parte, de la Ley de Retribución, que nos

hace experimentar el mal que hacemos a otros, con el fin, como he dicho, de que el espíritu pueda aprender la lección y no reincidir. Es nuestro modo, digamos, violento, de evolucionar. Hay otro, mucho más suave, que consiste en ir por el ‘*camino estrecho*’ de que habla Cristo (*Mateo, 7:13-14*), pero éste no lo sigue casi nadie. La mayor parte prefiere las riquezas, el poder, la fama, los placeres, las pasiones... el egoísmo en una palabra, sin pensar en e incluso perjudicando a los demás. Y eso nos acarrea luego vidas desgraciadas.

Es fácil, pues, darse cuenta de que en ningún momento estamos solos. Siempre formamos parte de la conciencia de Dios, de un modo más intenso aún de lo que los Auxiliares Invisibles estamos en la conciencia del Maestro. Por eso se nos dice que ‘*en Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser*’ (*Hechos, 17:27*).

Aún quisiera hacer una aclaración para la mejor comprensión de la labor de los Amigos Invisibles: En los mundos ocultos o ‘superiores’ no hay democracia. Este sistema es el mejor para el desarrollo y evolución de la Humanidad en cuanto a la conquista del mundo físico se refiere. Y es el mejor porque se supone que el pueblo elige a los más idóneos. Si no es así, como está sometido a la Ley de Retribución o de Acción y Reacción o del Karma, que de las tres maneras se denomina, acaba sufriendo las consecuencias de su falta de discernimiento al hacer la elección. Pero, en los mundos internos, no. Allí cada uno está donde su grado de evolución lo ha colocado, y tiene las responsabilidades y desarrolla las actividades propias de su estatus evolutivo, sin posibilidad de error, porque todos leen los pensamientos y sentimientos de los demás. Y, como todo se basa en el amor, en el bien y en el servicio al que va detrás, no existe nunca el menor problema. Todos saben y les consta, que el de arriba sabe más, sencillamente porque ha evolucionado más deprisa, porque se ha esforzado más y ha recogido el fruto de ese esfuerzo en forma de facultades, sabiduría y perfección. Como todos saben también que cualquiera puede evolucionar más, si lo desea. Pero sólo a condición de que sirva más a sus hermanos. Es el único medio.

Sin embargo, y esto es muy importante, en ningún momento a ningún nivel, nadie ordena nada a nadie. Siempre se sugiere, dejando al inferior la libertad y la responsabilidad de aceptar o no la sugerencia, puesto que la libertad individual, como he dicho antes, es sagrada para todos y todos hemos de seguir desarrollando el discernimiento.

Pero, ¿quién, sabiendo que el que le hace una sugerencia sabe mucho más, puede mucho más, ama mucho más y sirve mucho mejor, desdeña la indicación? Sin embargo, la libertad sigue ahí, a nuestra disposición.

X.- CONFIRMANDO LA FE

La fe, se dice en los mundos ocultos, es una virtud provisional. El hombre que se lo propone puede, si se esfuerza en ello, comprobar por sí mismo lo que hasta entonces simplemente creía como posible, es decir, fiando en el testimonio de otros, porque le parecía razonable y respondía a preguntas a las que personalmente no era capaz de contestar. En este capítulo hablaré algo de ello.

Cuando alcancé la posibilidad de recordar, al despertarme por la mañana, lo realizado durante la noche, lo primero que se hizo conmigo fue conducirme a la cabecera de un lecho en el que agonizaba un niño. Y se me sugirió que, desde ese momento, todas las noches intentase visitar a aquel Ego, estuviera donde estuviese.

El niño murió aquella misma noche y yo presencié su salida del cuerpo físico y seguí sus pasos hasta verlo ubicado en una región del Mundo del Deseo que, como todos los mundos superiores - o, mejor, internos - está formado por siete planos o regiones de densidad decreciente, de las que las tres superiores constituyen el llamado Primer Cielo.

Allí van a parar los espíritus de todos los humanos que mueren antes de los catorce años o, para ser más exactos, antes de la pubertad.

Hay mucha ignorancia sobre toda esta materia y conviene que empiece a disiparse, siendo sustituida por el conocimiento, que se apoyará primero en la fe y, luego, en la comprobación que cada uno realizará en su momento.

El cuerpo físico, como es sabido, necesita nueve peses de gestación para completarse, antes de nacer. A todos nos parece lógico, puesto que lo sabemos y lo comprobamos continuamente y la ciencia nos muestra los distintos estadios por los que el embrión humano va pasando a lo largo de todo ese tiempo. Lo que ya no se sabe, generalmente, es que los demás cuerpos del hombre, el etérico, el de deseos o astral y el mental, también tienen sus períodos de gestación correspondientes, cada vez más largos cuanto más

reciente es la adquisición por el hombre de ese vehículo a lo largo de su evolución o, lo que es lo mismo, cuanto menos evolucionado y organizado está dicho vehículo.

Así que el cuerpo etérico, compuesto por cuatro éteres, nace, en realidad, como algo propio y exclusivo de cada individuo, a los siete años – caen los dientes de leche y nacen los definitivos - si bien va completando su desarrollo poco a poco, desde ese momento, como le ocurre al cuerpo físico tras su nacimiento.

Hasta que nace el cuerpo etérico individual, el niño utiliza como propio una pequeña porción del de sus padres, sobre todo de la madre, y el resto, del cuerpo etérico macrocósmico, es decir, del de la Tierra.

El cuerpo etérico es el que hace posibles las operaciones vitales y por eso se le llama también “cuerpo vital”. Primero, se desarrolla completamente el éter químico, el más denso, el más pegado a la materia física, que es el que permite la asimilación, la excreción, el crecimiento y el movimiento. El cuerpo físico, que no es más que una estatua de materias físicas y químicas, no podría moverse si no estuviera interpenetrado por el cuerpo vital, que es una reproducción exacta, átomo por átomo, de aquél, del que, sin embargo, sobresale unos dos o tres centímetros, parte ésta que resulta fácil de ver para los que están comenzando a desarrollar la clarividencia etérica.

Cuando el cuerpo etérico abandona el cuerpo físico, éste queda de nuevo convertido en lo que es: una estatua rígida que se descompone. El cuerpo vital es como un molde, un campo magnético que, con sus líneas de fuerza, hace que cada átomo ocupe su lugar y desarrolle sus funciones, es decir, viva. Es el responsable de las corrientes nerviosas, cerebrales - por eso el cadáver tiene el electroencefalograma plano - y de todo tipo, así como de la asimilación, no sólo de los alimentos que conocemos, sino de la energía solar, cosa sólo conocida por la ciencia con relación a las plantas, pero que tiene lugar también en los animales y en el hombre, a través del bazo etérico.

Ese cosquilleo que sentimos cuando se nos duerme un brazo o una pierna no es más que la consecuencia del retorno de los átomos etéricos a los correspondientes átomos físicos, de los que habían sido separados por una postura determinada que impedía la circulación de las corrientes etéricas, y la elevación de la tasa vibratoria de los átomos físicos por los etéricos. La acupuntura sólo consiste en restituir o bloquear las líneas de fuerza del cuerpo etérico.

A los catorce años, aproximadamente, nace el cuerpo de deseos o astral, que es el que nos permite tener deseos y emociones y sentimientos y pasiones

propios. De ahí que este momento sea el comienzo de la época que llamamos de “afirmación de la personalidad” del niño como algo independiente de la de los padres.

Así como el cuerpo físico está formado por sustancias físicas, el cuerpo etérico lo forman sustancias etéricas y el cuerpo de deseos está constituido por materia del Mundo del Deseo. Y, como pertenece a un mundo menos denso que el físico y el etérico, los compenetra a ambos. Y, como está menos evolucionado que ellos, no adopta aún la forma del cuerpo físico, sino la de un huevo en cuyo centro se sitúa aquél, compenetrado por el cuerpo etérico.

En el momento del nacimiento del cuerpo de deseos, el segundo éter del cuerpo vital, que es el Éter de Vida y el responsable de la capacidad reproductora, ha adquirido ya su completo desarrollo. Por eso esa edad es también la que marca el comienzo de la pubertad. Y del cambio de voz, ya que la energía sexual creadora es la misma que nos permite hablar.

El joven púber, que hasta entonces ha usado como propio un cuerpo de deseos rudimentario, como hemos dicho, se encuentra, pues, con uno propio, que responde al grado de evolución que alcanzó en sus anteriores vidas, y que le permite ya tener deseos, emociones y sentimientos exclusivamente suyos, a tenor de su propio estatus evolutivo e independientemente de los sentimientos, deseos y emociones de sus padres. De ahí el problema generacional. Por otro lado, es capaz, sexualmente, de reproducirse.

Posee, pues, los deseos y posee la capacidad de usar el sexo. Sin embargo, no tiene freno alguno, porque la mente propia y exclusiva no le ha nacido aún y no lo hará hasta, aproximadamente, a los veintiún años. Ésa es la explicación de lo peligrosa que resulta la adolescencia: Se desea lo que apetece, sea bueno o malo, sin capacidad de discernimiento. Por eso es prácticamente inútil razonar con adolescentes. Lo único que puede ayudarles son los buenos consejos dados en su infancia y memorizados por el éter reflector, y los buenos ejemplos. Por otra parte, la necesidad de ejercitar su nuevo cuerpo les hace tratar de ser diferentes de los padres. Momento que, inconscientemente, aprovechan los amigos, que se encuentran en la misma situación, para influir más en el adolescente, con gran consternación de los padres, si esos amigos no son los que ellos quisieran. El comportamiento de los adolescentes dependerá, pues, de muchos factores. Pero, sobre todos, influirán sus propias deudas de destino o karma, que se reflejará en determinadas tendencias, inclinaciones y preferencias, y en el grado de evolución de cada ego. Por eso no hay dos hijos iguales aunque hayan recibido la misma educación y descendan de los mismos ancestros.

Lo del grado de evolución quizá requiera una aclaración, que es básica: Desde que cada uno de nosotros nacimos a la existencia, hace muchos millones de años, hemos ido recibiendo y desarrollando los distintos vehículos. Cada uno de ellos, que en cada encarnación muere y se descompone, posee, sin embargo un átomo, llamado átomo-simiente, que no se destruye - no el átomo en sí, sino las fuerzas que lo animan - a lo largo de todas las existencias y períodos entre vidas, y que va acumulando, como si de una película cinematográfica se tratase, cada segundo de existencia, de modo que todo está allí almacenado sin posibilidad de error. Y cuando, tras un período entre renacimientos, uno se prepara para el siguiente, los átomos-simiente de cada vehículo se ponen en funcionamiento y van atrayendo de los mundos correspondientes - mental, de deseos, etérico y físico - las materias que vibran exactamente como ellos, y no otras. Con lo cual, cada uno de nosotros, al nacer, disponemos de vehículos capaces de empezar la nueva jornada pertrechados con todos los adelantos evolutivos adquiridos hasta ese momento a lo largo de todas nuestras vidas anteriores. Y seremos más o menos inteligentes y más o menos constantes y más o menos amables y más o menos sinceros y más o menos glotones o viciosos o espirituales o... según nos hayamos comportado hasta entonces. Cada vida, pues, para el espíritu, no es sino una continuación de la vida anterior, desde el punto en que la dejó, más lo que en el período entre vidas haya progresado, tanto en el Purgatorio como en los tres cielos. O sea, que cada uno somos sólo y exclusivamente el fruto de nuestro propio esfuerzo. Por lo que nuestro futuro está siempre en nuestras manos, ya que sólo recogemos lo que sembramos, ni más ni menos. Y no cabe, por tanto, quejarse y echar la culpa a nadie, ni siquiera a Dios, porque a nadie se le da nada gratis, pero a nadie se le quita nada. Es la justicia perfecta. Y siempre con la mano de Dios tendida hacia nosotros y dispuesta a ayudarnos, si se lo pedimos, y respetuoso con nuestro libre albedrío.

Con estas nociones por delante, puedo ya retomar el relato del mi primera actuación como Auxiliar Invisible consciente.

Seguí, pues, al niño - a su Ego - hasta una determinada Región del Primer Cielo. Es un lugar delicioso al que van a parar, como he dicho, los que mueren antes de la pubertad, ya que, moralmente, no son responsables de sus actos al no tener deseos propios, y sí sólo necesidades vitales.

¿Y qué hacen en esa Región del Primer Cielo? Esta era una de las dos cosas que se pretendía que yo conociese directamente, visitando cada noche al espíritu en cuestión. La otra cosa, que comprobé, directa y personalmente, fue que, pasados poco más de dos años, aquel espíritu volvió a nacer,

precisamente de los mismos padres. Con ello pude convencerme por mí mismo, de que la muerte, como tal, como fin de la vida, no existe en absoluto.

- ¿Y, por qué - se preguntará el lector - ha de morir un niño para renacer dos años después en la misma familia?

Esto exige otra explicación interesante también: Téngase en cuenta que la naturaleza está regida por una serie de leyes naturales a las que todo está sometido. Por ejemplo, la ley de la gravedad hace que podamos andar y desenvolvemos del modo en que hemos organizado nuestras vidas. Piense sino el lector en los problemas que la ingravidez plantea, no sólo para los desplazamientos, sino, sobre todo, para el funcionamiento normal del metabolismo del cuerpo físico.

Por ejemplo: Tenemos dos piernas. Pudimos ser parecidos a los ciempiés, con muchísimas más. Pero tenemos dos. Y eso nos condiciona. Pudimos tener alas y volar, pero no las tenemos. Pudimos vivir bajo el agua, pero vivimos en el aire. Pudimos... pero somos como somos. Y es la ciencia la que va descubriendo las leyes naturales, avanza en su conocimiento y, al usarlas obedeciéndolas, obtiene ventajas.

Pues, lo mismo ocurre con las investigaciones en los otros mundos: Las cosas ocurren como ocurren, porque así lo disponen las leyes naturales, contra las cuales nada podemos. A nosotros sólo nos cabe descubrirlas, estudiarlas y, obedeciéndolas, hacerlas funcionar en nuestro beneficio, para evolucionar mejor y, a ser posible, más deprisa, evitando así las desgracias, enfermedades y problemas, que derivan siempre de la ignorancia.

Si queremos fabricar, por ejemplo, hidrógeno y oxígeno a la vez, y sabemos que el agua está formada por ellos, y conocemos el funcionamiento y efectos de la ley que rige la electrólisis, haremos pasar la corriente eléctrica por una solución acuosa de ácido sulfúrico y obtendremos el hidrógeno en el cátodo y el oxígeno en el ánodo. ¿Qué habremos hecho, pues? Simplemente, conocer las leyes naturales, aplicarlas al caso y obedecerlas en nuestro beneficio. Y, atención: ese "obedecerlas"; es importante. Porque, si no lo hacemos, si en vez de agua salada empleamos agua dulce o, en vez de hacer pasar por ella una corriente eléctrica, hacemos circular una onda radiofónica, no obtendremos lo que queríamos.

Esta consideración es clave para comprender otros aspectos mucho más importantes de la vida. Porque, en los mundos superiores existen también leyes naturales que los rigen y también hemos de descubrirlas y estudiarlas y obedecerlas, para usarlas en nuestro beneficio. Y, una de las más elevadas e importantes leyes naturales, el río más caudaloso de la Creación, a favor de

cuya corriente hemos todos de nadar si no queremos crear remolinos y retrasos que nos producirán disonancias en nuestros átomos-simiente y enfermedades y karmas a liquidar y nuevas encarnaciones para saldarlos, es la Ley del Amor. Todo lo que se aparte de amar a los demás como a uno mismo, va contra la corriente de la principal ley natural y, por tanto, produce sobre el que la infringe, siempre, sin excepciones, un efecto negativo, del cual se encarga otra ley natural que es la Ley de Retribución o del Karma o de Acción y Reacción o de Consecuencia y, según la cual, cada uno cosecha lo que sembró, experimenta las consecuencias de lo que hizo o, en otras palabras, cada cual es el único autor de su propio destino. Se dice, en medios espirituales que *‘los molinos de Dios muelen muy despacio, pero muy fino’*. Es decir, que no tienen prisa y, con frecuencia, hacen pagar en una vida deudas de otras anteriores. Pero que tampoco olvidan nada, y hay que pagar hasta el débito más ínfimo.

Ahora, dicho todo esto, vuelvo a mi narración:

Una vez comprobado el renacimiento del niño en su misma familia anterior - aunque pudo haber nacido en otra - y aunque sus padres seguían llorando al hijo que se les murió, se me indicó que debía comprobar la ley natural que, se me había enseñado, rige la mortalidad infantil.

Y puedo asegurar que el resultado de ese trabajo fue una de las cosas que más me impresionó, porque es uno de los casos en que, desde nuestra perspectiva humana, no se ve, al principio, la justicia de los acontecimientos. Luego, claro, cuando se tienen más datos, hay que reconocer, una vez más, que todo es perfecto, que cada cosa está en su sitio, que la justicia es total y que el amor de Dios impregna permanentemente cada átomo de su inmensa obra.

Me dediqué, pues, a investigar la penúltima encarnación de una serie de niños que estaban en el Primer Cielo. En ellas no encontré nada que me pareciese relacionable con el hecho de morir en la infancia en su siguiente vida. Lo único que tenían en común era que, en esa vida anterior, en la que fallecieron siendo adultos, o habían muerto de modo violento - en una batalla, en un accidente, en un cataclismo - o, en su cama, pero rodeados de parientes y amigos que lanzaban gritos de dolor y desesperación, o habían estado rodeados durante su entierro por vítores o aplausos o, finalmente, sus cuerpos habían sido incinerados demasiado pronto tras la muerte o se les había practicado una autopsia o una extracción de órganos cuando aún sus sentidos estaban activos.

Como aquello era lo único que todos ellos tenían en común - la lógica es la misma en todos los mundos - no tuve más remedio que dirigir mis observaciones al momento de la muerte de cada cual.

¿Y qué comprobé que ocurre en esos casos? Pues ocurre que la vibración de terror de la muerte violenta (asesinato o accidente) o el ruido circundante (batalla) o los lamentos desmesurados (gritos de los parientes) o las aclamaciones (celebridades, héroes, etc.) o el miedo a la cremación o el dolor de la autopsia, distraen la atención del fallecido e impiden así la regrabación o copia consciente, en el átomo-simiente de su cuerpo de deseos, de la película de la vida que acaba de terminar, y que está grabada en el átomo-simiente de su cuerpo físico.

¿Y, por qué sucede eso? Porque esa grabación tarda, según los individuos, desde unos minutos hasta tres días y medio (aproximadamente lo que uno era capaz, en vida, de resistir sin dormirse), tiempo durante el cual el interesado ha de estar atento a la misma, viéndola pasar como si de una película se tratase, pero sin sentir emoción alguna, so pena de echar a perder la copia. Comprobé, además que, hasta la terminación de esa regrabación, en el momento en que se rompe el Cordón de Plata, - que es una cuerda de materias etérica, de deseos y mental, que une los distintos vehículos con el espíritu, permitiendo el paso de energías de unos a otros y del que habla la Biblia en Eclesiastés, 12:6 y 7 - se conserva el uso del oído y del tacto y, por supuesto, la conciencia. Y por eso todos esos incidentes interfieren en la grabación.

¿Y qué efecto produce la ausencia de esa grabación? Que la vida recién terminada, no existe, ha desaparecido, se ha perdido (como la copia de una cinta de audio borrada o de un disco informático formateado) y, con ella, todas las vivencias, alegrías y penas y experiencias y adelantos en la evolución, que ha supuesto. Y, consecuentemente, ni el Purgatorio (donde, al experimentar en carne propia el mal que hicimos, desarrollamos la “conciencia”) ni el Primer Cielo (donde, experimentando en nuestro ser el bien que hicimos, desarrollamos las “virtudes”) ni el segundo cielo (donde hacemos los arquetipos para la próxima encarnación, en base a las experiencias de la última vida) ni el tercero (donde elegimos el esquema de nuestra futura encarnación, en base a lo aprendido hasta entonces), pueden ser de utilidad, porque las lecciones a aprender se han borrado.

La ley natural, sin embargo, confirmó claramente, sale al paso de esa pérdida. Y establece que, al fallecido en esas condiciones se le haga renacer pronto y morir de niño, antes de la pubertad, es decir, antes de que le haya nacido el cuerpo de deseos. Tras la muerte en la infancia, como no es

responsable, pues no es púber, va a parar al Primer Cielo y en él se le imparten las enseñanzas que se han perdido de la vida anterior y que sí están grabadas en la memoria de la naturaleza. Y luego, en un plazo entre dos y veinte años, se le hace nacer de nuevo, ya de una manera normal, pero enriquecido con el fruto de aquellas sus experiencias que se perdieron, de la vida anterior. La solución, pues, de la ley natural, es verdaderamente amorosa e inteligente.

Ésa es, pues, la principal causa de la mortalidad infantil. Mortalidad que existirá, porque así lo quiere la ley natural, hasta que dejemos de matarnos unos a otros en guerras cruentísimas o dejemos de llorar junto a los seres queridos que se han ido, o de aplaudirlos o vitorearlos o incinerarlos enseguida tras la muerte o practicarles la autopsia o la extracción de órganos prematuramente.

¿Qué habría que hacer, entonces, para evitar todo esto? Muy sencillo: dejar al muerto en paz y en silencio durante tres días y medio. Y luego, incinerarlo, con lo que se evitaría también lo que ocurre con muchos y que se expone en el siguiente capítulo.

Esta experiencia mía es la que se suele brindar a todo Amigo Invisible “novato”, para que se vaya familiarizando con las leyes naturales en los mundos superiores y su juego, con nuestra ignorancia, con las consecuencias de sus infracciones (que son los llamados “pecados”), con la justicia divina, que a nadie le quita nada y que, en todo momento, respeta nuestra libertad, pero está al paio, por si necesitamos ayuda, prestárnosla, tanto si somos buenos como malos, ricos, pobres, inteligentes, retrasados, blancos o de color. Basta con elevar a lo alto nuestro corazón. Lo que ocurre con mucha frecuencia es que nuestra idea de lo que más nos conviene y la de Dios no coinciden. Pero, de eso no tiene la culpa Dios.

No obstante lo dicho, quizá al lector le parezca innecesariamente cruel, por ejemplo, que unos padres pierdan a su hijo con el que, a lo mejor, han soñado y al que han deseado intensamente. Y, a primera vista, parece ser así. Por eso he adelantado que, luego, con todos los datos, lo imperfecto se convierte en perfecto. Porque, ese niño que ha de morir no nace de esos padres por casualidad, - ya que las leyes naturales nunca actúan al azar - sino porque tienen pendiente una deuda kármica, que han de pagar, y la ley aprovecha la necesidad del nacimiento del niño en beneficio de éste, y el dolor que causa su muerte como pago de la deuda de sus padres que, en otra vida, o en ésta, - y esto se viene comprobando por todos los Amigos Invisibles - provocaron el aborto de un hijo o lo abandonaron una vez nacido o, por egoísmo, no lo quisieron tener, pudiendo hacerlo y contando con medios para criarlo y

educarlo. Porque, como he dicho, nada, absolutamente nada, ni un ápice se le pasa a la Ley de Retribución. Todo se cobra y todo se paga. Y ése es el mejor medio para que nuestro espíritu, nuestra parte inmortal - y no nuestra personalidad, compuesta de los cuerpos físico, etérico, astral y mental y que, en última instancia, no es más que un instrumento suyo - aprenda sus lecciones y evolucione debidamente.

* * *

XI.- EL MUERTO, VIVO

Ocurre muy frecuentemente que la gente que lo ignora todo sobre el más allá y cree que la muerte es el fin, cuando fallecen, como comprueban que no han muerto puesto que se sienten “vivos” y, por estar muy pegados a esta vida (negocios en marcha, familiares que los necesitan, adicciones fuertes, vicios, etc.), no se elevan a planos menos densos poco después de su fallecimiento, no se les ocurre siquiera pensar que realmente están muertos, y pasan días, y aún años, recorriendo su casa, sentándose en su silla de siempre, acostándose en su cama, deambulando de un lado para otro, pero sin comprender por qué los otros no los oyen ni los ven ni los sienten y por qué ellos no pueden manejar los objetos que siempre manejaron.

Y es muy corriente también que, como después de morir, han visto su cadáver, vayan a su propio entierro y se queden luego en el cementerio, a pesar de comprobar que aquél está descomponiéndose, sin acabar de comprender lo que les ocurre pues, por un lado, es cierto que han visto enterrar su cuerpo pero, por otro, ellos se sienten tan vivos como siempre y los mismos de siempre.

Una noche, acababa de prestar un servicio en una casa cuando, estando aún en ella, se me aproximó uno de estos muertos vivientes, una mujer de edad madura. Me miró y me dijo:

- ¿Tú eres un ángel?

- No. - respondí - soy un hombre como tú.

- ¿Y por qué tú brillas y yo no?

- Porque he vivido más veces y he evolucionado más. Pero tú también brillarás un día. Y puede que mucho más. Dependerá de ti. Sólo tienes que obedecer las leyes naturales.

- ¿Qué leyes son esas?

- Las que rigen la naturaleza.

- ¿Y cómo las tengo que aprender?

Aquello no tenía visos de conducirnos a ninguna parte, pues lo ignoraba absolutamente todo sobre el tema y no era el momento oportuno para ponerla al corriente, ya que hubiera necesitado días enteros. Así que fui al grano, con el fin de hacerla reaccionar y poder ayudarla, y le pregunté:

- ¿Tú por qué estás aquí?

- Porque ésta es mi casa. Y tengo en ella mucho dinero y muchas joyas, que me han costado toda una vida de reunir.

- ¿Y no notas nada raro?

- Sí. Que no me ven ni me oyen. Actúan como si yo no existiese. Han abierto mi caja fuerte y están gastándose mi dinero y usando mis joyas. Incluso algunas las han vendido.

- ¿Y por qué crees tú que ocurre eso?

- No lo sé. Pero no puedo hacer que me vean ni que me oigan y detengan este abuso.

- Es que estás muerta.

- ¿Muerta? ¿Muerta yo?

- Sí.

- ¿Entonces cómo es que te veo y estoy hablando contigo?

- Porque la muerte no es lo que tú creías. La muerte no existe. Lo único que existe es que pierdes tu cuerpo físico pero tú, que no eres tu cuerpo, sigues viviendo en otro mundo. Por eso no te ven ni te oyen, ni te verán ni te oirán por mucho que te esfuerces. ¿Has visto tu cuerpo?

- Sí.

- ¿Y qué te parece?

- Horrible. Está descompuesto. Cada día, más.

¿Cuánto tiempo hace que lo enterraron?

- No lo sé, pero bastante. Quizá más de un año.

Tras un momento de silencio, preguntó suplicante:

- Pero, ¿qué tengo que hacer?

- Primero, creerte que estás muerta, bueno, lo que en el mundo llaman muerta; segundo, aceptar que ya no perteneces a ese mundo del que saliste; tercero, ya que sigues siendo tú y sintiéndote tú, darte cuenta de que, verdaderamente, eres un espíritu inmortal; y cuarto, olvidar a tu familia y tu casa y tus bienes y tu cuerpo porque, por mucho que te empeñes, no los vas a recuperar ahora. Y comprobar así que de nada te sirve ahora tu riqueza, que sólo sirven tus buenas obras, y el ponerte del lado de la ley natural, dejando que todo siga su curso como ella establece.

- ¿Entonces qué tengo que hacer? - repitió angustiada.

- ¿Crees realmente lo que te he dicho?

- ¡No tengo más remedio... es evidente!

- ¿Sabes rezar?

- Sí. Sabía el Padrenuestro y el Avemaría, que aprendí de niña en el colegio.

- Pues concéntrate en la idea de que tu cuerpo físico ha muerto, de que tu vida en el mundo se ha acabado, de que más adelante podrás ver a tus seres queridos y recibir sus visitas por la noche mientras duermen, aunque nunca recuperarás tus bienes, y reza conmigo el Padrenuestro, deseando seguir el proceso natural. ¿De acuerdo?

- Sí. - respondió - Estoy dispuesta.

- Y ten presente esto cuando sigas tu camino y llegues al momento en que empieces a revivir los momentos en que hiciste daño a alguien en la vida pasada: experimentarás todo el dolor que causaste. Pero no trates de justificarte ni de defenderte, pues no surtirá más efecto que prolongar tus sufrimientos. Ten en cuenta que esas escenas estaban grabadas en tu cuerpo y son la pura verdad. Así que, acepta tu culpabilidad, comprende que hiciste daño y prométete no reincidir nunca en ello. ¿Has comprendido?

- Sí. Pero, - dijo de pronto - ¿es que viviré más veces?

- ¡Claro! Muchas veces. Hasta que alcances la perfección. Eres un espíritu inmortal, ya te lo he dicho.

- ¡Es maravilloso! Ahora sí que puedo rezar.

- Pues recemos.

Rezamos el Padrenuestro y, mientras lo hacíamos, se fue iluminando su aura y disolviéndose los éteres químico y de vida que lo mantenían pegada a la Tierra, y desapareció de mi vista en planos superiores, donde yo ya no necesitaba actuar.

Es ilógico que sabiendo, como todos los hombres sabemos, que hemos de morir y, por lo menos es posible que vivamos en otro mundo de algún modo, no nos preocupemos de saber qué ocurre allí, cómo debe uno comportarse, qué debe hacer, en una palabra, cómo se vive al otro lado. Nadie se va a vivir a un país desconocido para él sin enterarse antes de cuál es su clima y cuáles son las circunstancias que van a condicionar allí su vida. Y, sin embargo, la mayor parte de los hombres no hacen nada por preparar el que ellos llaman su último viaje. Y luego ocurre lo que ocurre. Realmente, si bien se mira, el único pecado del hombre es la ignorancia. Por eso procede abrir los

ojos de cuantos más mejor, y acabar con ella del único modo posible: sustituyéndola por el conocimiento.

Aquí vendría muy a cuento releer la parábola del Rico Epulón y el Pobre Lázaro, cosa que recomendamos al lector (Lucas, 16:19-31).

* * *

XII.- LA MIES

Es posible que el lector, llegado a este capítulo, haya sacado la conclusión de que el trabajo de los Amigos Invisibles no es importante, que se reduce a pequeños servicios o ayudas, que nada cambian la marcha de las cosas.

Y, aparentemente, en cierto sentido, tendrá razón. Pero sólo en ese sentido: el aparente. Porque, lo mismo que resulta imposible a los gobiernos poner un policía junto a cada ciudadano con el fin de defenderlo de posibles agresiones, pero no renuncian a gobernar y a proteger a la población en su conjunto, es igualmente imposible atender a todas las necesidades que, incesantemente, se presentan a lo largo y a lo ancho de éste y de los otros mundos, pero eso no ha de desanimarnos, sino hacernos redoblar nuestros esfuerzos.

Hacen falta, pues, muchos, muchísimos más Amigos Invisibles. Lo sabemos. Y lo saben todas las Jerarquías. Pero el que los haya depende del libre albedrío de cada hombre. Porque hay que tener claro que ser Amigo Invisible no es más que el primer escalón. Pero, incluso para llegar a él, son precisos ciertos requisitos:

Hay que ser, primero, como ya dije antes, amigo visible, si se quiere llegar a Amigo Invisible. Porque, en el Mundo del Deseo, los sentimientos y las emociones son mucho más instantáneos y fuertes que en el mundo físico, ya que allí la materia es muy plástica y, al no tener el freno que supone la sustancia física, obedece al instante cualquier deseo o cualquier orden de cualquier hombre que, aunque generalmente no lo sabe, es un ser creador en toda la extensión de la palabra. De modo que, el menor sentimiento de rechazo o de aversión o, incluso, de incompreensión frente a alguien, por parte de un Amigo Invisible, - y ocasiones las hay a miles, en que un hombre no preparado reaccionaría así - puede producir efectos muy negativos a esa persona y, vía Ley de Retribución, al responsable de las corrientes de deseos

agresivas. Condición indispensable, pues, para poder ser Amigo Invisible, lo son la tolerancia, la comprensión, la compasión, la afabilidad, la colaboración, la inofensividad y, sobre todo, el amor, un amor sin distingos, sin condiciones, absolutamente desinteresado y que nace del conocimiento de que todos somos uno, de que todos formamos parte de Dios, lo mismo que todas las células de nuestro cuerpo forman parte del mismo, sin perjuicio de que cada una sea distinta de las demás y tenga su propia vida y realice sus funciones e, incluso, igual que ella vive gracias a nosotros y nosotros vivimos gracias a ella. Porque nosotros compenetrarnos con nuestra conciencia a todas nuestras células y ellas se sienten a gusto con esa vibración. Por ese motivo se produce el rechazo de cualquier órgano procedente de otro cuerpo. Si se comprende esto, se comprende también que nosotros formamos parte de Dios y que Él, su vibración, está en nosotros y nos permite vivir. Por eso la Escritura insiste en que *“en Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”* (Hechos, 17:27).

No se crea, sin embargo, que hay pocos Amigos Invisibles. Todas las Escuelas de Misterios cuentan con los suyos. Pero, además, los poseen todas las iglesias y todas las religiones y todas las creencias, siempre que se guíen por el amor al prójimo. Lo que ocurre es que, en el Mundo del Deseo, donde los Amigos Invisibles trabajan generalmente, aún se emplean los idiomas para comunicarse, por lo que los nativos de cada país han ido organizando sus propios equipos y, sólo si se habla otro idioma, se puede prestar alguna ayuda a los que lo hablan, en casos en que sea necesaria una conversación, bien con el auxiliado, bien con los otros Amigos Invisibles. Para curar a los necesitados, sin embargo, no se necesita hablar su idioma y eso lo aprovechan, y muy bien, los Amigos Invisibles.

Pero no se debe pensar que con éstos acaba la cosa. Los mundos superiores están llenos de seres, - más llenos que el mundo físico - muchos de ellos “nativos” de esos mundos, mientras que otros, como los Amigos Invisibles, actuamos en ellos en determinados períodos, a base de centrar nuestra conciencia en el mundo de que se trate, y otros, como los hombres tras su muerte en este plano, van allí, temporalmente, a seguir su ciclo vital.

Y entre todos esos seres existe una permanente influencia recíproca, y hay diferencias y batallas y hasta guerras.

Aunque, en última instancia, el mal no existe. Así como el frío es falta de calor, el mal es falta de amor. Y, además, el fenómeno ofrece la particularidad de que, como cada cual actúa en el nivel de amor que posee, no acaba de encontrarse a gusto - salvo que se proponga mejorar, o sea, sentir mayor grado de amor por los demás - con los que aman de un modo más

desinteresado o más intenso que él. Entonces se produce, necesariamente, una lucha en la que, a una parte están los que sienten menos necesidad de amar, los que llamamos “malos” o “del lado del Mal”, y a la otra, la de los buenos o “del lado del Bien”. Pero, la ley natural nos inclina, y lo inclina todo, en la dirección del amor y hace que todo trabaje, en última instancia, para el Bien; por eso se dice en los medios ocultos que ‘*el mal es bien en formación*’.

Por tanto, es lógico que los más avanzados se ocupen de ayudar y enseñar a los otros para que comprendan, abran los ojos y mejoren sus ideas y sus sentimientos y sus actos y, de ese modo, necesiten menos renacimientos para pagar las deudas de destino, que ellos mismos se han creado, por medio de desgracias, enfermedades y problemas y, sobre todo, mediante servicio altruista a los demás.

Es lo mismo que sucede en el mundo físico (“*como arriba es abajo y como abajo es arriba*”, dice el axioma oculto que resume el contenido de la Ley de Analogía): Los pensadores, los cultos, los letrados, los investigadores, los artistas, los avanzados, levantan monumentos, escriben libros, crean obras de arte, construyen ciudades, máquinas, herramientas, sistemas, etc. Y los incultos, los iletrados, la masa, se dedica a destruirlos. Aún está por ver que la masa haya construido algo positivo y útil alguna vez. Lo que ocurre es que, cada uno de los que la componen no se considera masa ni iletrado ni ignorante, porque no comprende a los que son capaces de construir cosas útiles para todos, incluso para los que las destruyen.

¿Y qué han de hacer los más evolucionados, si de verdad lo son? Insistir en su esfuerzo por sacar a las masas de su ignorancia y, a poder ser, convertirlos a todos en seres conscientes de sus posibilidades, concedores del mundo, capaces de pensar por sí mismos, y de construir en lugar de destruir, y respetar al que sabe en vez de mofarse de él. La lucha siempre es la misma, aunque en diferentes planos.

La Región Etérica del Mundo Físico, constituida, como he dicho en otro lugar, por cuatro éteres de distinta densidad, es el mundo de muchas clases de seres que allí viven, como nosotros aquí, es decir, que tienen su vehículo más denso de materia de ese plano y tienen en él centrada su conciencia, como nosotros la tenemos enfocada en el mundo físico durante las horas de vigilia.

¿Y cuáles son esos seres cuyo mundo son la Región Etérica del Mundo Físico y el Mundo del Deseo? Los enumeraré, someramente, a continuación, porque lo considero interesante:

En primer lugar están los elementales, - que también existen, aunque contruidos con sus materias respectivas, en los mundos del Deseo y Mental -

que son seres que aún no están individualizados, que tienen un rudimento de voluntad y que se alimentan de vibraciones - aunque nos parezca extraño, también nosotros lo hacemos, ya que la materia son átomos y éstos son energía y la energía son vibraciones - y, para sobrevivir, son capaces de fomentar en los humanos y animales esas vibraciones que son su alimento. Los hay afines a todos los grados de vibración, buenas y malas, positivas y negativas, intensas y débiles, por lo que se puede decir que los elementales intervienen en todos los fenómenos de todos los mundos. No tienen forma definida, sino que, aprovechando la maleabilidad de la materia de los mundos en que viven, adoptan en cada caso la que más les conviene. No pertenecen al mismo esquema evolutivo que nosotros, por lo que siguen una línea distinta y no tienen prácticamente nada en común con la Humanidad. Pero la influyen de un modo muy determinante.

Entre las cosas curiosas que hacen está la de adoptar la forma de monstruos horribles y aparentemente peligrosísimos, con lo que consiguen proporcionar sustos tremendos a los que pasan al mundo del deseo o astral sin haber sido avisados de ello. Pero como, una vez conocidos, son muy fáciles de distinguir, y nuestra voluntad es mucho más fuerte que la suya, basta una orden terminante para que se disuelvan los monstruos y se alejen y nos dejen en paz.

Otra de las características de los elementales es la de que, como acuden, como las moscas a la miel, donde se produce la vibración que les es propia y los alimenta, la cual son capaces de fomentar, resultan ser los culpables de la mayor parte de lo que llamamos tentaciones. Me explico: Si uno se permite tener una vez el deseo de poseer algo que pertenece a otro (casi siempre porque no ha dominado aún en vidas anteriores ese defecto), emite una vibración determinada que corresponde a esa forma de deseo. Inmediatamente, los elementales de esa vibración acudirán allí para alimentarse pero, además, fomentarán ese deseo. El sujeto puede que esa vez resista la tentación, gracias a sus convicciones y a su fuerza de voluntad. Pero los elementales no dejarán de hacer durar su vibración. Y, si consiguen que el "tentado" caiga de nuevo en el deseo de robar, la fuerza que adquieren los elementales crece considerablemente... hasta que, si el individuo en cuestión no tiene una voluntad fuerte y unas ideas claras, sucumbe a la tentación y... roba. Una vez en poder de la cosa deseada, el sujeto deja de desearla, por lo que los elementales lo abandonarán en busca de nuevo alimento. Pero, si esa persona siente la tentación de robar más veces, regresarán a ella y volverán a influirla, pues ya tienen la llave de su vehículo, llegando a adquirir tal poder

que esa vibración la dominará y se habrá convertido en un ladrón que verá el mundo como un cúmulo de posibilidades para satisfacer su vicio. Lo peor del caso es que esa persona nunca sabrá, ni siquiera sospechará, que su modo de actuar se debe a su tendencia innata y no eliminada, proveniente de vidas anteriores; a su debilidad ante la primera tentación y a los elementales y, salvo que estudie estas materias, pensará que “ése es su modo de ser” y continuará actuando así. Y este ejemplo sirve para cualquier deseo, emoción, sentimiento o pensamiento que, a lo largo del día, pululan a miles por nuestro interior. ¿Cuántos insectos de cuántas especies se interesan, a lo largo de un día, por un trozo de carne o por un pastel?

También son capaces los elementales de obsesar a los humanos, es decir, ocupar sus vehículos, desplazando a sus dueños, haciéndoles perder vidas enteras y retroceder en la evolución; aunque eso sólo ocurre si se les ha dado entrada, actuando como mediums, en la creencia de que eran espíritus humanos o superiores, cuando, en realidad, se trata de seres subhumanos y con otro esquema evolutivo, como he dicho. Por eso es preciso saber. Cuanto más, mejor.

¿Y qué hacer? Cuando se conocen estas cosas, lo lógico es vencer esa primera tentación. Y, si se ha caído en ella, pensar en otra cosa cuando llegue la segunda embestida. Porque ello, al hacernos centrar la atención en otro motivo, nos obliga a abandonar el deseo pernicioso, con lo cual dejamos de producir su vibración y los elementales acaban por aburrirse y abandonarnos como poco interesantes. Lo que nunca hay que hacer para vencer una tentación es luchar directamente contra ella, por la sencilla razón de que, mientras la combatimos, estamos pensando en ella y reproduciendo su vibración, con lo cual los elementales tendrán cada vez más fuerza.

He de aclarar aún dos cosas para que lo expuesto hasta aquí quede más claro:

La primera que, las acciones negativas que a nosotros nos producen sensaciones más fuertes - la depravación sexual, el asesinato, el vicio, la drogadicción, la velocidad con riesgo de muerte, la música estridente y rítmica, etc. - son las que, desde el punto de vista espiritual, poseen una vibración más baja, es decir, son de menor frecuencia. Y, en cambio, el amor desinteresado y la oración altruista poseen una vibración altísima, es decir, de una frecuencia inmensa. En una palabra: lo que llamamos bueno que, aparentemente, conlleva reposo, tranquilidad, paz y sosiego, es, espiritualmente, lo más movido. Y viceversa. Y es muy conveniente tenerlo en cuenta porque, cuanto más elevada sea nuestra vibración espiritual, más

protegidos estaremos y más posibilidades tendremos de aprender y de servir a los demás.

La segunda cosa que quisiera aclarar es que, cuando se habla de los mundos superiores o espirituales o internos, en realidad, se está empleando una fórmula poco afortunada. La mejor manera de ilustrar la posición e interconexión de los distintos mundos es la de imaginar la Creación toda - el macrocosmos - y a nosotros mismos individualmente, que no somos sino una reproducción de ese macrocosmos, - el microcosmos - como una especie de cebolla inmensa, una esfera compuesta de varias capas superpuestas, que tienen dos particularidades: La de ser de materia cada vez menos densa a medida que aumenta su distancia del centro; y la de compenetrar, cada una, a todas las de menor diámetro que, por tanto, puede decirse que están dentro de ella. Por eso puede asegurarse que en cualquier punto de cualquiera de esas capas están existiendo, a la vez, todas las capas mayores que aquella en la que se encuentra el punto en cuestión, al tiempo que ese punto está en todos los mundos que compenetra por ser más densos.

Podemos, pues, imaginar la Creación así, y situar en el centro al Mundo Físico, compuesto de siete subcapas agrupadas en dos regiones: La Región Química que comprende los sólidos, los líquidos y los gases; y la Región Etérica, compuesta por los éteres Químico, de Vida, de Luz y Reflector y que, por dar lugar a un vehículo diferente del físico, se considera el segundo de los siete mundos en que la vida evoluciona y, por tanto, como la segunda capa de nuestra esfera.

La tercera, la constituirá el Mundo del Deseo, dividido, a su vez, en siete subcapas que se reúnen así: Las tres más densas formando el Purgatorio, y las cuatro menos densas, formando el Primer Cielo.

La cuarta capa estará formada por las tres subcapas más densas del Mundo del Pensamiento, que forman la Región del Pensamiento Concreto. Después vendría una subcapa que, como un espejo, hace que todo lo que está debajo de ella se refleje arriba, y que permite así que el Espíritu, el verdadero Yo, vea y conozca lo que ocurre en los mundos inferiores, y viceversa. Por eso la mente humana está hecha de la materia de esta subcapa. Esas cuatro subcapas más densas constituyen lo que se denomina el Segundo Cielo.

Le seguiría la quinta capa, formada por las tres subcapas menos densas del Mundo del Pensamiento, o Región del Pensamiento Abstracto, donde se sitúa el Tercer Cielo. De su materia está constituido el espíritu inferior de los tres que forman el Ego y que se denomina Espíritu Humano, reflejo del Espíritu Santo, tercera persona de la Trinidad, cuya nota-clave es la Actividad.

La sexta capa la constituiría el llamado Mundo del Espíritu de Vida, de cuya materia está formado el segundo de los tres espíritus que forman el Ego humano, el Espíritu de Vida, reflejo de la Segunda persona de la Trinidad, el Hijo, el Verbo, Cristo, cuya nota-clave es el Amor-Sabiduría. Este mundo es el primero en el que no hay separatividad. Uno, cuando tiene centrada en él la conciencia, siente que está en todo y que todo está en él. Por eso se dice que los mundos por debajo de éste son “mundos de ficción”.

La séptima capa la constituiría el Mundo del Espíritu Divino, de cuya materia está formado nuestro más elevado vehículo, el Espíritu Divino, que está correlacionado con la primera persona de la Trinidad, el Padre, cuya nota-clave es la Voluntad.

La octava capa la constituiría el Mundo de los Espíritus Virginales, que son nuestros verdaderos espíritus, nuestros verdaderos yoes, las Mónadas, que se han revestido, a lo largo de la evolución, para conocer y dominar los mundos inferiores, de nada menos que siete vehículos, que son los enumerados hasta aquí.

Y la novena y última capa la constituiría el Mundo de Dios, en el que se sitúa el Creador.

Representada así la Creación toda, ya podemos decir, con propiedad, que “elevamos” nuestros pensamientos o nuestro corazón o nuestras preces “a las alturas” porque, si bien es cierto que los mundos en que habitan los seres superiores a nosotros, intermediarios entre Dios y los hombres, y hasta el propio Dios, nos compenetran todos ellos, como hemos visto, también lo es que ellos tienen centradas sus conciencias en planos superiores al nuestro y, para llamar su atención, hemos de llegar a esos planos en los que “viven” de un modo más directo.

Con lo dicho se comprende cómo funcionan la oración y la plegaria y las súplicas: Simplemente “suben” hasta cierto plano más elevado que el nuestro. Pero - se preguntará el lector - ¿A qué altura llegan? Depende de lo inegoísta e intenso de la plegaria. Cuanto más inegoísta, más fácil tendrá el camino. Y, cuanto más intensa, más alto llegará.

Si se pide solamente un bien determinado, un aprobado en un examen, una curación, la solución de un problema, o cualquier cosa que interese sólo al que ora, seguramente, no llegará muy alto, debido a su vibración egoísta. Por supuesto, “subirá”, es decir, irá a un plano menos denso que éste.

Hay una ley natural, que rige en todos los planos de existencia y, según la cual, toda plegaria, toda súplica, toda petición de ayuda y todo acto de devoción o de adoración recibe una respuesta, sin excepción. Todos los seres

de los planos superiores, sienten la necesidad, de responder de modo automático, con una descarga de su propia energía a esas llamadas de “abajo”. Y téngase en cuenta que también nosotros estamos obligados por la misma ley.

Rezar, pedir ayuda a lo alto es como hacer un agujero en el techo de la capa de la cebolla que es nuestro mundo o, incluso de otras superiores, orificio por el que, automáticamente, se derramará sobre nosotros la energía de la capa adonde nuestra llamada alcance.

Nuestra oración, nuestra súplica, puede ser egoísta o altruísta. En buena ley, para nosotros mismos no deberíamos pedir nunca nada, salvo discernimiento para vivir correctamente, que fue, precisamente lo único que Salomón pidió a Jehová, y por eso le fue dado el discernimiento pero, además, la sabiduría, la riqueza, el poder, etc. recordemos el pasaje de la escritura que nos dice: *“Buscad el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura”*. A eso se refería.

Supongamos que nuestra plegaria es poco intensa y llega sólo hasta el plano etérico. Si es una petición egoísta, la responderá un elemental negativo o un lucifer; pero, si es inegoísta, la responderá un ángel. Si resulta ser un poco más intensa, llegará hasta el Mundo del Deseo y, si es egoísta, la responderá un elemental negativo, mientras que si es altruísta, la responderá un arcángel. Si fuese aún más intensa, podría llegar hasta el Mundo del Pensamiento, al cual no llega ninguna vibración egoísta, y podría responderla un Señor de la Mente o, incluso el propio Espíritu Humano o tercer espíritu del que ora. Si fuese aún más intensa e inegoísta, podría llegar hasta el Mundo del Espíritu de Vida y ser respondida por el propio Cristo, que en ese mundo tiene centrada su conciencia. Este plano es el alcanzado por los místicos, que contactan directamente con Cristo que, en plan individual, coincide con el llamado Cristo Interno, segundo de nuestros tres espíritus.

Como se ve, podemos elevarnos a distintas alturas con nuestras súplicas y siempre, sin excepción, recibiremos la respuesta proporcionada. No se pierde ninguna oración ni ninguna petición. Lo cual no quiere decir que ello sea suficiente para que se cumplan nuestros deseos. Lo que hará la energía en que consiste la respuesta de “arriba” es facilitar la solución del modo más conveniente para nuestra propia evolución.

La respuesta será siempre de la misma calidad que la súplica. Así que, si pedimos: “Señor, yo te rezaré diez rosarios, si tu me concedes tal cosa”, esa oración, por su carácter egoísta, sólo llegará al Purgatorio y sólo podrá ser respondida por un Lucifer, cuya vibración nos alcanzará y nos hará aún más

egoístas y será nociva, contra lo que cabría suponer. En cambio, si pedimos lo mismo, pero para otro, la respuesta nos vendrá de un ángel y nos hará más altruístas. Si pedimos, por ejemplo: “Señor, que se acaben las guerras y reine la paz en el mundo”, la súplica llegará más arriba y, según su intensidad vibratoria y la efusión de energía que provoque, ayudará a la consecución de la paz, a la vez que espiritualizará nuestro carácter y aumentará nuestro altruísmo y devoción. Y si, siguiendo con los ejemplos, oramos sinceramente: “Señor, mi único deseo es hacer tu voluntad”, esa oración llegará hasta el mismo trono de Dios y recibiremos, directamente de Él, la respuesta energética correspondiente, que influirá muy mucho en nuestra evolución

Cuando se pida algo para otros hay que tener siempre la precaución, como hizo Cristo, de terminar la súplica diciendo: “*Pero, Señor, que no se haga mi voluntad, sino la tuya*”. Porque, puede ocurrir que nuestra voluntad sea muy fuerte y haga que los elementales realicen lo deseado y luego resulte que no era todo lo bueno que creíamos para el otro, en cuyo caso seríamos nosotros los responsables kármicos del desaguisado. Por eso mismo no siempre la respuesta es la que esperamos.

¿Se comprende ahora claramente lo que quiere decir que Dios está en todas partes y que está tan próximo a nosotros como nosotros mismos y que tenemos acceso directo a Él? Ésa es la idea que hay que hacer propia y que nos permite comprender muchas cosas que, quienes las quieren investigar, van comprobando luego personalmente, y que concilia el monoteísmo con el politeísmo y con el panteísmo. Todo dependerá del punto de vista desde el que se estudie el asunto: Si se piensa en el Creador como el único que interviene en nuestras vidas, se será monoteísta; si se considera que los seres intermedios entre Él y nosotros, que influyen, a veces decisivamente, en nuestras vidas, y que responden a nuestras plegarias son también dioses, se será politeísta; y si, resaltando el hecho de que toda la Creación está en Dios, que la comprende toda y la impregna con su vibración y, por tanto, está en todas sus criaturas y, consecuentemente, esas criaturas son divinas, se será panteísta. Pero nuestro punto de vista no cambiará nada el hecho de que nuestras súplicas reciben siempre respuesta desde los otros planos y de que nunca estamos solos y de que los seres superiores a nosotros nos influyen permanentemente, tanto si somos monoteístas, politeístas o panteístas y aunque si siquiera creamos en su existencia. A ellos les es indiferente nuestra opinión. Somos nosotros los que podemos beneficiarnos, si los tenemos en cuenta y obedecemos las leyes naturales que, sin excepciones, conducen todas al amor desinteresado y altruista.

Aún habría que añadir a lo anterior una exigencia de las leyes naturales, según la cual, para funcionar en cualquier mundo, es decir, para moverse en él y para poder centrar en él la conciencia, es preciso disponer de un vehículo formado con la materia de ese mundo. Por eso los desencarnados, los muertos, como han perdido su cuerpo físico, no pueden actuar en él. Y por eso los ángeles, que nunca han tenido cuerpo físico, tampoco lo pueden hacer, pero actúan en el mundo etérico, de cuya materia está hecho su cuerpo más denso y que, además, es común a ellos y a nosotros. En cambio, los Amigos Invisibles, como aún conservan el cuerpo físico, pues no se ha roto el Cordón de Plata que los une a él, y pueden, además, centrar su conciencia en la Región Etérica del Mundo Físico o en el Mundo del Deseo o, incluso, el mental, a voluntad, pueden actuar en cuatro mundos. Ésa es la razón de que el cisne, que puede caminar, nadar, bucear y volar se haya considerado siempre como el símbolo del Iniciado.

En la Región Etérica del Mundo Físico están también, además de los elementales, los Espíritus de la Naturaleza. Son seres, que tampoco pertenecen a nuestro esquema de evolución, y cuyo vehículo inferior es de materia etérica. Y los hay correspondientes a los cuatro elementos ocultos que configuran el Planeta: La Tierra, el Agua, el Aire y el Fuego. Son los que hacen posible que esos cuatro elementos se manifiesten activos y conformen la Tierra y sus habitantes.

Los de la Tierra, con cuerpos de éter químico y que viven durante varios siglos, son los conocidos gnomos, y resultan responsables de los procesos químicos que dan lugar a los minerales de todo tipo. Se ocupan también del crecimiento de las plantas y de producir sus colores. Cuando un capullo de rosa se abre, es como si se desplecase espontáneamente algo que estaba doblado en el botón inicial. Pero no es así: Los Espíritus de la Naturaleza habrán trabajado duramente para crear esa flor y, como ellos han trabajado en un mundo, el etérico, invisible para nosotros, nos da la sensación de que su trabajo aparece porque sí a nuestra vista. Los que poseen la visión etérica, sin embargo, saben ya lo que ocurre en realidad.

Los Espíritus de la Naturaleza del Agua son las ondinas, nereidas, etc., que se encargan de la existencia y conservación de ríos, fuentes, lagos y mares y son las que atraen el agua de la lluvia y facilitan la vida en aquéllos de animales y plantas. Sus cuerpos están formados de Éter de Vida y pueden vivir miles de años.

Los correspondientes al elemento Aire, cuyos cuerpos son de Éter de Luz, y que también viven vidas milenarias, son los Silfos y Sílfides. Se

encargan de mover el aire, de producir vientos, huracanes, tifones y tempestades, de empujar las nubes, de cargarlas de agua... Su voz la interpretamos como “el silbido del viento” o “el rugido del huracán”.

Los espíritus del Fuego son las Salamandras, que también pueden vivir miles de años y cuyo cuerpo está formado de Éter Reflector. Están en todas las sustancias, pero sólo se manifiestan cuando las cosas arden. Sin ellos no ardería nada. Son los responsables de las erupciones volcánicas, los rayos y los relámpagos y, con sus descargas eléctricas, producen la lluvia. Su voz la interpretamos como “truenos”.

Otros habitantes, importantísimos, de la Región Etérica del Mundo Físico son los ángeles, cuyo vehículo más denso es etérico, y que tienen en ella centrada su conciencia. Son seres con una evolución similar, aunque no igual, a la nuestra. Y constituyen la oleada de vida y la jerarquía creadora anterior a la humana. La oleada de vida anterior a la suya la constituyen los Arcángeles, cuyo vehículo más denso es de materia de deseos y en el Mundo del Deseo tienen centrada su conciencia. Y, la anterior a ella es la de los Señores de la Mente, cuyo vehículo más denso es de materia mental y en el Mundo del Pensamiento tienen centrada su conciencia.

Digo esto porque hay hombres, miembros de nuestra oleada de vida, que nacieron a la existencia al mismo tiempo que todos los demás hombres, pero que han avanzado tanto en la evolución, que han sobrepasado a la mayor parte de los Ángeles y, algunos, hasta a la mayor parte de los Arcángeles. Son los que llamamos Hermanos Mayores o Maestros. Y se encargan permanentemente de ayudar en la evolución de la oleada de vida humana. De ellos dependen las Escuelas de Misterios, las Iglesias de todo tipo y las instituciones, religiosas o laicas, que tienen por finalidad el progreso de la Humanidad, y se encuentran detrás de los políticos y los gobernantes y las personalidades influyentes, tratando de inspirarles. Pero están condicionados en su labor por el libre albedrío de los hombres, que en todo momento respetan, y por las influencias ejercidas por los Luciferes, los elementales, los desencarnados, etc. Por eso su empeño principal es la divulgación del conocimiento de las leyes naturales que rigen la Humanidad y su evolución, tanto física como superior. Porque, al fin y a la postre, como ya se ha dicho, el único problema de la Humanidad es la ignorancia.

Los ángeles tienen a su cargo cometidos muy importantes. Muchos de ellos son los espíritus-grupo de las especies vegetales. Un espíritu-grupo es un ser que evoluciona utilizando muchos cuerpos simultáneamente, dado que los espíritus de esos individuos aún no han llegado al momento evolutivo en que

se convierten en espíritus internos y pueden dominar y manejar sus propios vehículos. Hasta ese instante, su papel lo realizan los espíritus-grupo, que cuidan de la conservación de la especie que tengan encomendada y hacen gala de gran ingenio y recursos, si se observa la gran variedad de formas, de defensas, de trampas, de perfumes para atraer a los insectos, de modos de polinización y de diseminación de semillas, etc., que han ideado, siempre en pro de la especie prohijada. Ni que decir tiene que esa actividad constituye su “vida” y que con ella evolucionan.

Los ángeles son especialistas en el manejo de la materia etérica, lo mismo que los hombres nos estamos especializando en el manejo de la materia física; los arcángeles lo son en el manejo de la materia de deseos, y los Señores de la Mente, de la materia mental.

Los ángeles nos ayudan mediante intuiciones, corazonadas, inspiraciones momentáneas, a través de éter. Y siempre hacia el bien, hacia lo positivo. Su vibración es tan alta que no pueden acercarse a quien vibra negativamente. Pero podemos evocarlos y pedir su ayuda, que no niegan nunca. Está en su naturaleza obrar el bien espontáneamente, sin la menor vibración negativa. No conocen el mal. Actúan siempre como exponentes perfectos del amor desinteresado.

Además de los ángeles, están también en la Región Etérica del Mundo Físico, los Luciferes que, perteneciendo a la oleada de vida de los ángeles, se rezagaron de tal modo - como los monos están a punto de hacer con nuestra oleada de vida, a la que pertenecen - que perdieron contacto con ellos. Por otra parte, estaban mucho más evolucionados que los hombres y, por tanto, tampoco podían comunicar con ellos. Pero encontraron el camino, que consistió en utilizar nuestro sistema nervioso cerebroespinal como puente para inspirarnos, hacernos actuar y aprender ellos las lecciones derivadas de esa actuación. El problema está en que lo que a ellos les permite progresar en su evolución, y por tanto lo fomentan, son las emociones fuertes, muy intensas, pero de baja vibración espiritual. Ellos son, pues, los que nos incitan al asesinato, a la violencia, a la drogadicción, al alcoholismo, al tabaquismo, a la música estridente y sincopada y repetitiva, a la velocidad irresponsable, a la degeneración sexual... Luego, una vez hecho el daño, nos dejan con las consecuencias, tras aprender la lección de lo que ocurre en cada caso. Ellos no buscan directamente perjudicarnos. Sólo nos usan como medio para progresar, del mismo modo que nosotros no deseamos el mal del cordero pero, como hemos de comer, lo matamos y lo devoramos... y el cordero es el que pierde la vida. Y los animales, no lo olvidemos, constituyen la oleada de vida siguiente

a la nuestra, que está formada también por millones de espíritus inmortales como los nuestros, sólo que menos desarrollados evolutivamente. Y otro tanto ocurre con los vegetales y los minerales, las oleadas de vida que siguen a la animal.

Por último, se encuentran en el mundo etérico los llamados “artificiales” o egrégoros. Son creaciones humanas, nacidas de las vibraciones que se producen en los lugares de reunión. Cuando se repiten determinadas frases o ceremonias y cuando se incide muchas veces en una determinada idea o sentimiento, esas vibraciones se van sumando y dan lugar a un ser – un egrégor - cuya vida dependerá de que continúen las repeticiones y de su intensidad, pero que llega a adquirir vida independiente, y protegerá la continuidad o el espíritu de las vibraciones que le dieron vida, aunque sólo a eso se limitará su existencia. La iglesia católica, con su celebración del santo sacrificio de la misa y de todas las demás ceremonias, en latín, durante dos mil años, ha creado un potentísimo egrégor que la ha protegida y la ha hecho sobrevivir durante todo ese tiempo. Desde que el latín desapareció como idioma litúrgico, al producirse vibraciones distintas en cada país, ese egrégor único para todo el mundo, se está disgregando peligrosamente.

Lo expuesto es, pues, en resumen, lo que se puede uno encontrar en la Región Etérica del Mundo Físico.

Luego, en el Mundo del Deseo, además de los correspondientes elementales, están los arcángeles, cuyo vehículo más denso es de materia astral y por eso tienen centrada allí su conciencia. Son los espíritus-grupo de las distintas especies animales y también desarrollan ingenio e inventiva para defender y perpetuar cada uno la especie que tiene encomendada, y unos crean pezuñas y otros garras y otros alas y otros colmillos o se camuflan o saltan... La existencia de los espíritus-grupo es la respuesta al misterio de las migraciones de aves o de ranas o de ungulados, así como de la reacción masiva y simultánea de determinados grupos animales, como los peces o los pájaros. Y por eso, estudiando un solo ejemplar animal, sobre todo si no se trata de una especie muy evolucionada, como lo son los perros, gatos, elefantes, caballos, etc., se conocen todos los otros ejemplares de la misma especie y se pueden prever sus reacciones.

Con relación a los hombres, y dado que nosotros ya tenemos espíritu interno individual o, mejor dicho, que nuestro espíritu interno individual ha tomado posesión de sus vehículos, no nos dirigen como espíritus-grupo. - ¿qué somos nosotros para las células que componen nuestro cuerpo físico? - sino como espíritus de raza. Son los que han traído las distintas religiones,

adaptadas cada una de ellas, al estado evolutivo del pueblo que tenían encomendado, y que se llaman religiones de raza, a diferencia de la religión cristiana, traída por el propio Cristo, ya para toda la Humanidad. No obstante, Cristo no deja de ser un arcángel, el más alto iniciado de su oleada de vida, aunque identificado totalmente, subsumido, por su inmensa evolución, en la segunda persona de la Trinidad, el Verbo. Pero pertenece a la oleada de vida arcangélica.

Cuando dos o más hombres nos reunimos para hacer algo en común, allí acude un arcángel, que nos envuelve en una especie de nube, que es su vibración, y que respiramos al mismo tiempo que el aire, pero que, además, nos hace sentirnos diferentes de los demás hombres que no pertenecen a ese grupo. Sea lo que fuere lo que hagamos asociándonos: un club de fútbol o de otro deporte, una escuela, una universidad, una sociedad mercantil, un grupo de trabajo, una excursión, una familia, un pueblo, una ciudad, un país o una raza, allí hay siempre un arcángel impregnando ese grupo con su vibración especial separatista. ¿No ha notado el lector, al ir a otro país, que había algo extraño en el ambiente que no le era familiar? Ésa era la vibración del arcángel de ese país, distinta de la del propio, tan familiar. Ellos conforman las costumbres, las tradiciones y las particularidades de cada pueblo y de cada idioma. Hasta el mismo Cristo, como arcángel que es, no pudo evitar decirnos aquello de *“cuando dos o más se reúnan en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos”* (Mateo, 18:20). Conviene añadir aquí que Cristo, a pesar de ser arcángel, y debido a su inconmensurable evolución, tiene centrada su conciencia en el Mundo del Espíritu de Vida. Por eso predica el amor a todos, la igualdad entre todos y la unidad de todos, ya que ese mundo es el mundo de la unidad y, por debajo de él, sólo existen mundos imaginarios e individuos que se saben distintos de los demás y creen que no los necesitan.

El gran problema, pues, que plantean los arcángeles estriba en el sentimiento de separatividad que fomentan. Pero es su manera de ser y de actuar y así viven y evolucionan y aprenden y nos enseñan a avanzar en la evolución y a aprender. Los arcángeles nos iluminan haciéndonos comprender, instantáneamente, no una idea o un fenómeno, como los ángeles, sino un proceso o un problema. Pero también nos perjudican como consecuencia de su modo de ser. Ellos son los responsables de todas las guerras, tanto étnicas, como religiosas, económicas o políticas y son los causantes del racismo, del fanatismo, del patriotismo, del nacionalismo y de todos los sentimientos que separan a los hombres en vez de unirlos, que excluyen a los demás, que consideran a unos mejores que a otros o se creen

“elegidos”. Porque todos somos iguales ante Dios, todos somos Espíritus Virginales y todos pasamos, a lo largo de nuestra evolución, por todas las razas y estadios y posibilidades. Y, cuando esto se sabe y se comprueba, desaparecen todos esos sentimientos por falta de base racional.

De todos modos, el principal objetivo de la Humanidad actual consiste en desarrollar la voluntad y la mente y espiritualizar el carácter, con el fin de, por un lado, dejar de ser víctimas de los Luciferes y, por otro, independizarnos de los arcángeles. Y eso sólo podemos lograrlo por la vía del amor incondicional al prójimo, que es lo único que nos pidió precisamente Cristo cuando dijo que *“nos comportemos con los demás como nos gustaría que los demás se comportasen con nosotros”* (Mateo, 7:12).

Existen, además, en el Mundo del Deseo, las formas de deseo o astrales, que son las creaciones de los animales y de los hombres. Y allí están Blancanieves y el Hombre Lobo y Robin Hood y la plasmación de todos nuestros deseos y emociones, en una u otra subcapa, según la vibración que les dio vida, pero manifestando lo que su autor quiso expresar. Su duración depende de la intensidad del deseo u emoción del creador. Pero, si se repiten por muchos, como Blancanieves, por ejemplo, esas formas quedan por siglos en el Mundo Astral. También funcionan en él las manifestaciones de nuestros deseos y emociones con relación a nuestro prójimo. Si, por ejemplo, sentimos odio por alguien, de nuestra aura saldrá una flecha rojo escarlata, que se dirigirá instantáneamente a la persona objeto de nuestro odio. Si ésta se encuentra vibrando positivamente, esa forma astral será rechazada y regresará a su autor, al que perjudicará con su vibración, al tiempo que aumenta su negatividad. Pero, si la persona odiada estuviera vibrando negativamente, la flecha penetrará en su aura y le producirá un daño del que será responsable kármicamente el autor de la forma astral. Por eso, la mejor manera de no ser perjudicado astralmente consiste en mantenerse positivo, amando, comprendiendo y queriendo ayudar a todos. Y por eso, para llegar a Amigo Invisible es preciso haber dominado el cuerpo de deseos, o sea, las emociones, los deseos impulsivos, las pasiones... de otro modo, haría en el mundo astral mucho más mal que bien.

Un acontecimiento muy particular y muy de nuestro tiempo son las formas de deseo que llenan las carreteras y autopistas. El fenómeno funciona así: Un conductor es víctima, por ejemplo, de un adelantamiento indebido y, automáticamente, emite una vibración de odio hacia el infractor. Otro, al ser adelantado, “se pica” y ambos establecen una carrera durante varios kilómetros, emitiendo los dos vibraciones de velocidad y de emulación y de

deseo de vencer. Un tercero, tiene mucha prisa y, en una caravana que le parece que va lenta, empieza a emitir vibraciones de impaciencia. Un cuarto, apunto de derrapar en una curva, emite vibraciones de miedo y de angustia...

¿Qué pasa con esas vibraciones, todas ellas intensas? Se quedan flotando sobre la carretera. Y, cuando otro conductor pasa por la misma y emite cualquier vibración similar a una de ellas, la afín, se apresura a acudir allí, sumarse a la recién emitida e influenciar al emisor, convirtiéndolo en un irresponsable. Porque, a medida que siga conduciendo bajo esa influencia, seguirá emitiendo vibraciones negativas de todo tipo y la forma de deseos que le envolverá será cada vez mayor y más potente. Y, cada minuto que pase, estará más expuesto a un accidente. Y, al mismo tiempo, irá sembrando la carretera de vibraciones negativas que influenciarán a otros conductores.

Ésta es la explicación del hecho, que a todos asombra, de que una persona educada, respetuosa con los demás y perfectamente equilibrada, se pueda convertir en un energúmeno grosero y competitivo, apenas se sienta al volante.

Esto conviene saberlo - siempre el problema del hombre, repetimos, es la ignorancia - y conducir con ánimo positivo, sonriendo, disfrutando, tratando de comprender y disculpar a los que ven siendo víctimas de las formas emocionales y de pensamiento. O, a ser posible, rezando para disolver esas peligrosas formas de deseo. Pero nunca emitiendo nuevas vibraciones que aumentan el riesgo para los demás y para uno mismo.

Y, por último, viven en las capas inferiores del astral una serie de seres autóctonos, verdaderamente repelentes. Se trata de larvas de colores oscuros y desagradables, viscosos, informes y repulsivos, que se alimentan de las vibraciones más bajas, como las emanaciones de la sangre, - los mataderos están llenos de miles de estas larvas que acompañan luego a la carne que comemos - el desenfreno sexual, el alcohol, las drogas, el tabaco, etc. Y, en general, de todo lo que ordinariamente se considera repulsivo o retrógrado.

A cuanto antecede, y para que quedase completo, habría que añadir alguna explicación sobre el Purgatorio y el Primer Cielo. Pero eso haría demasiado extensa esta esquemática exposición, que no pretendía sino proporcionar al lector una idea sobre la inmensidad de la mies para la que Cristo pidió operarios.

Buen comienzo son, sin embargo, todos los movimientos solidarios, como las ONGs. Buen plantel de Amigos Invisibles, como lo habían sido, hasta hace poco, las iglesias y las escuelas de misterios. Con ellos son veinticuatro horas diarias las que los operarios trabajan en la mies. La

Humanidad, contra todas las apariencias, está despertando a la verdad de que la atmósfera es de todos y la tierra es de todos y los bosques son de todos y los mares son de todos y todos somos iguales y tenemos los mismos derechos y los más avanzados tienen la obligación, so pena de renacer en grupos más atrasados, de ayudar a éstos a avanzar. Pero no por miedo, sino por amor. Un amor nacido del conocimiento de la Verdad. Recuérdese la afirmación de Cristo: ‘ *Conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres* ’ (Juan, 8:32).

Como se ve, la actuación de los Amigos Invisibles, aunque tenga lugar de noche, no se lleva a cabo en un ambiente solitario, tranquilo y sin sobresaltos. Como he dicho en otro lugar, hay que conocer, del modo más exacto posible, lo que uno se va a encontrar cuando ha de viajar a “un país desconocido”.

* * *

XIII.- A TRAVÉS DEL TIEMPO

Es muy frecuente para los Amigos Invisibles el tener que investigar las vidas pasadas de quienes les solicitan ayuda, con el fin, en unos casos, de conocer las causas de cualquier circunstancia actual y, en otros, con fines exclusivos de investigación del funcionamiento de las leyes naturales, exactamente igual como hacen los investigadores del mundo físico.

Téngase en cuenta que, lo único que hacen los científicos es descubrir leyes naturales desconocidas, ver cómo actúan y tratar de aprovechar ese funcionamiento suyo, que no podemos cambiar pero sí utilizar, en beneficio de la Humanidad pero desde el punto de vista material. Lo cual conlleva, muchas veces, una gran dosis de egoísmo: búsqueda de la fama, el poder, la riqueza, etc. Pues lo mismo hacen los Amigos Invisibles, pero con la única finalidad de ayudar, y no buscando recompensas, fama ni poder. Por eso, precisamente, no todos los conocimientos ocultos se publican: para evitar el mal uso que de ellos pudiera hacer alguien no suficientemente evolucionado. Un ejemplo: La hipnosis era conocida por los iniciados antiguos, pero nunca la usaron para violentar voluntades. Algunos la conocieron, seguramente por casualidad e, inmediatamente, hicieron de ella un uso inadecuado. Luego, quedó olvidada hasta hace unos decenios, en que Mesmer, Freud y otros la redescubrieron, y ya ha habido que tomar medidas en algunos países contra su uso con fines de dominio de voluntades.

Esas investigaciones del pasado se pueden hacer en el éter reflector, cuarta capa de los cuerpos etéricos, tanto de la Tierra como del hombre. Quien ha desarrollado esa capacidad puede ver la escena que desee del pasado, así como los arquetipos para el futuro, sin más que concentrar en ello su atención y su mente, del mismo modo que enfocamos los ojos, a voluntad, en un objeto cercano o en otro remoto. De ese modo se pueden presenciar batallas y acontecimientos históricos, aunque no es lo que comúnmente hacen los que poseen esos poderes, ya que están demasiado atareados en sus labores de

auxilio a quienes lo necesitan, o de investigación científica, para dedicar su tiempo a satisfacer su curiosidad personal lo cual, por otra parte, tienen absolutamente prohibido.

El problema del Éter Reflector, sin embargo, es doble: Por un lado, pasado el tiempo, por lo general varios siglos, se van borrando los acontecimientos y su consulta ya no resulta del todo fiable. Y, por otro, no es posible ver los sucesos en su progresión normal sino que, comenzada la observación en un momento dado del pasado, sólo se puede ver desde ese momento hacia atrás, es decir, primero los efectos y luego sus causas.

Existe otra posibilidad de consultar el pasado: En la Región del Pensamiento Concreto del Mundo del Pensamiento. Sólo que allí ya no se ve la sucesión de escenas, tal como se dieron en realidad, sino que se percibe y se comprende y se conoce a la persona investigada instantánea y completamente, en todos sus aspectos, mucho mejor de lo que ella se conoció a sí misma.

Y, por último, el que es capaz de llegar a ese nivel, - sólo unos pocos en toda la Humanidad - puede conocer el pasado consultándolo en el Mundo del Espíritu de Vida, el primero en el que no existe separatividad ni individualidad ni deferencia. Claro que la visión que se obtiene allí es bien distinta de la que proporcionan los otros dos planos, ya que es una visión omniabarcante, en la que se percibe la relación de cada uno con todos y la trabazón de todos los sucesos y actos y pensamientos y deseos, para conducir a la realización del plan divino, o sea, el papel de cada cual, en cada momento, en la economía del universo.

Lo corriente, pues, entre los que se inician en la clarividencia es consultar el Éter Reflector. Y, a consultas en él realizadas - no olvidemos que debe su nombre al hecho de que "refleja" los acontecimientos y hace posible nuestra memoria individual - se han referido los casos expuestos y se referirán los que siguen, que son sólo botones de muestra entre miles y miles más, con los que sólo se pretende que el lector tenga ciertas nociones sobre el funcionamiento de las leyes de Renacimiento y de Retribución y sobre el trabajo de los Amigos Invisibles.

Como ilustraciones sobre el funcionamiento de la Ley de Acción y Reacción o del karma, van a continuación algunos casos recientes, de entre los muchos miles investigados:

Caso 1º

Se trata de un niño que, a consecuencia de una caída, perdió el conocimiento y quedó en coma profundo, estado en que llevaba ya dos años. Su madre pidió ayuda a los Amigos Invisibles.

Lo primero que éstos vieron fue que el cuerpo del niño estaba ocupado, no por su espíritu, que se encontraba fuera de aquél, y sin poder entrar, sino por un elemental.

La particularidad de los elementales en este aspecto reside en que no saben manejar el cerebro ni la laringe ni el cuerpo físico, porque nunca los han tenido. Así que la persona obsesada por ellos no puede usar aquél ni hablar ni moverse. Pero, además, una vez en el interior del cuerpo por ellos obsesado, no saben salir de él, de modo que pueden permanecer allí encerrados hasta que encuentren el modo de abandonarlo, sean expulsados mediante un exorcismo o el cuerpo físico muera. Su situación es parecida a la del pez atrapado en una nasa de pescadores. Como hay distintas clases y categorías de elementales, existen también distintos métodos para expulsarlos del cuerpo invadido, por lo que se impone en cada caso conocer su especie para poder curar al enfermo. El caso que estudiamos hizo necesaria la investigación de la vida anterior de aquel niño para conocer las causas de tal situación y la posibilidad de sanación, según la severidad utilizada por la ley de Retribución.

Y resultó que en su anterior encarnación había sido una mujer que tenía a su cargo un orfelinato. Allí se dedicaba a hipnotizar a los niños para que la obedecieran ciegamente e, incluso, luego de salir de él, ya adultos, se aprovechaba de ellos de distintas formas, mediante órdenes hipnóticas a distancia, que los interesados ejecutaban sin ser conscientes de ello ni conservar memoria de lo que hacían, como ocurre siempre con la hipnosis. Ello produjo que muchos de aquellos niños acabasen siendo obsesados por elementales. Y que el resto estuviesen prácticamente toda su vida privados de su libertad en muchos momentos.

Como el hipnotismo supone y conlleva privar a la víctima de su libre albedrío, constituye una gravísima agresión a la libertad de otro, puesto que el hipnotizador le impide el uso de su cerebro y lo emplea como propio. Y, como la libertad es algo sagrado e intocable, la Ley de Retribución había colocado al niño que se estudió en la situación que irresponsablemente provocó para que aquel espíritu aprendiese la lección.

Los Amigos Invisibles se han comunicado con el espíritu del niño, que ya se ha dado cuenta de la monstruosidad que cometió y, como consecuencia de la cual, se ve ahora obligado a permanecer junto a su cuerpo, sin poder entrar en él, y está arrepentido de lo que hizo. Pero la Ley de Retribución es

inexorable. La lección, pues, está aprendida. Pero, por las configuraciones de su horóscopo, no parece que el elemental vaya a salir de su cuerpo antes de que le llegue la hora de la muerte, cosa que ocurrirá alrededor de los siete años. Luego irá al Primer Cielo, donde, con la lección aprendida como lleva, se le enseñará algo más y volverá a nacer para continuar su evolución. En esa nueva vida, con toda seguridad, tendrá ocasiones y tentaciones para repetir el mismo error. Si las vence, ya habrá quedado para siempre libre de tal peligro. Pero si vuelve a caer, el castigo de la Ley de Retribución será más severo que esta vez. Y así, hasta que la lección sea aprendida definitivamente y pueda continuar su ciclo evolutivo.

Caso 2º

Se trata de una niña que nació sin brazos. Una de las víctimas de la tristemente célebre Talidomida, que provocó una oleada de terror entre las embarazadas, a causa de la serie de niños que, durante un período de tiempo, nacieron privados de sus miembros.

Los Amigos Invisibles, cuando recibieron solicitud de ayuda de la madre de uno de estos niños, sabían ya, como todos, por los medios de comunicación, de la existencia y efectos del citado fármaco, pero lo que les interesaba era relacionar el hecho de que la madre lo tomase y las vidas anteriores de ésta y de su hijo. con el fin de, por un lado, comprobar cómo actuaba en aquel caso la Ley de Retribución y, por otro, tratar de ayudar, explicándoles a los dos las causas de lo sucedido.

Así se pudo averiguar en la Memoria de la Naturaleza que, en sus vidas anteriores, en un país del sureste asiático, hace más de mil años, la actual víctima fue jefe de su pueblo-tribu, una especie de alcalde o caudillo. Era muy celoso de su autoridad, cruel y vengativo. Y tenía por costumbre dejar sin brazos, por el sencillo sistema de cortárselos, a quienes se le enfrentaban. Su actual madre fue también entonces su madre y vio con buenos ojos y alentó su conducta.

Dado que la ayuda la había solicitado la madre, que se sentía culpable porque fue la que ingirió la píldora fatídica, se le expuso a ella lo sucedido. Lo comprendió y se dio cuenta de que ambos estaban pagando su deuda. La víctima se resistió más a comprenderlo pero, con el tiempo, fue aceptando la idea y, como la madre, pasó, de injuriar a Dios por su “injusticia manifiesta”, a empezar a iluminar su espíritu con el conocimiento de la verdad, y a estudiar intensamente cuanto se refiere a la vida superior.

Caso 3°

Este caso ha sido investigado directamente por el interés que ofrecía. Se trata de un niño que nació, hace algunos años, en un pueblecito de América del Norte, con tres piernas y cuatro brazos. El estudio de la Memoria de la Naturaleza aclaró el por qué de tal anomalía.

En realidad, se trata de dos espíritus distintos. Uno de ellos, un niño, posee un cuerpo físico completo, así como un cuerpo vital normal. El otro, una niña según se comprobó, sólo tiene dos brazos y una pierna compenetrados por sus brazos y piernas etéricos pero, el resto de su cuerpo vital está fuera del cuerpo físico de su hermano y como no compenetra su cerebro, no puede hablar ni expresarse de modo comprensible ni mover sus tres miembros. Ni siquiera su hermano sabe que ella está a su lado.

¿Qué ocurrió en su pasado para dar lugar a tal situación? En este caso fue necesario retrotraerse dos vidas. En la primera de ellas, los dos espíritus fueron hombre y mujer también. Se amaron de un modo intenso, pero platónico. No podían vivir el uno sin el otro. Pero, por egoísmo, sobre todo de uno de ellos, no se decidieron a contraer matrimonio, fundar una familia y brindar así la ocasión de reencarnar a otros espíritus que lo necesitasen, ofreciéndoles su ayuda como padres. Permanecieron, pues, solteros, pero fieles y enamorados y, a la hora de la muerte del primero, que se adelantó sólo unos días a la del otro, se juraron amor eterno.

En la vida siguiente, la anterior a la actual, la Ley de Retribución, o sean, los Ángeles Archiveros, que son los encargados de administrar su incidencia, los hicieron nacer como hermanos gemelos idénticos, los dos niñas. Pero fue más fuerte su amor mutuo que los avatares de la vida. A pesar de haber nacido en una familia numerosa y pobre, con el fin de que los problemas de la vida las separasen, ellas dos siempre permanecieron unidas y hasta llegaron a prosperar económicamente y a amasar una fortuna considerable. Pero no quisieron casarse y fundar sendas familias. Les bastaba con estar juntas. Y juntas murieron, abrazadas, durante un naufragio, jurándose, una vez más permanecer siempre unidas.

En esta vida, la Ley de Retribución las ha juntado, según sus deseos, más aún que antes. El espíritu que peor se comportó, el de la actual niña, que está fuera del cuerpo, ha comprendido lo que los Amigos Invisibles le explicaron y ha aprendido su lección. El del niño, encerrado en su cuerpo físico y sin sentir la presencia de su hermana, no es probable que lo asimile.

Según las configuraciones del horóscopo de ambos, si se operan las extremidades que sobran, el niño sobrevivirá, pero su hermana morirá y, por

tener menos de catorce años, irá al Primer Cielo y renacerá luego, ya independiente de su hermano y con la lección aprendida, libre para seguir su evolución. Él la aprenderá, previsiblemente, tras su muerte, que se prevé hacia los treinta años.

Quisiera salir al paso de la interpretación que ordinariamente se hace de la astrología y que no se corresponde en absoluto con la realidad. Se suele afirmar: *“Yo soy así porque nací en tal lugar, tal día y a tal hora”* y, por tanto, ése es mi horóscopo, que me obliga a ser como soy y a actuar como actúo. Lo cual no es, en modo alguno correcto, ya que la realidad es, precisamente, lo contrario: Cada uno de nosotros, a lo largo de la evolución, hemos hecho determinados progresos y desarrollado determinadas capacidades y tenemos por ello ciertas tendencias. Y como, tras cada período entre vidas, hemos de renacer una vez más con las características a que nuestro propio esfuerzo nos ha hecho acreedores hasta entonces, lo que los ángeles hacen, ya que ellos son los encargados de esta materia, es provocar nuestro renacimiento en el lugar apropiado, en la fecha apropiada y a la hora apropiada para que las influencias astrales se graben en el molde etérico del que ha de ser nuestro siguiente cuerpo físico, de modo que den lugar a la expresión de nuestro real estado de evolución. Por tanto, la afirmación correcta sería: *“nací en tal lugar, tal día y a tal hora porque tenía que ser así”*. Además, el horóscopo no obliga a nada. Muestra sólo las tendencias, tanto buenas como malas. Y muestra los medios que tenemos para fomentarlas o combatirlas. Pero nadie hace nada sólo porque su horóscopo lo diga. Tan sólo el karma maduro, que uno ha aceptado antes de nacer, o que, debido a su persistencia en el mismo error, es preciso asignarle, puede reflejarse en el horóscopo sin posibilidades de remoción. Todo lo demás que contiene está sometido a nuestro libre albedrío. Por eso se dice que *“las estrellas impelen pero no compelen”*. Y, por eso, cuanto más evolucionado es un ego, menos se parece su vida a lo que indicaba su horóscopo en el momento de nacer, ya que ha sido capaz, a lo largo de esta encarnación, de vencer algunas malas tendencias y de robustecer otras buenas. Es, por eso, muy fácil, horóscopo en mano, predecir lo que será la vida de un espíritu poco evolucionado. Pero es casi imposible hacerlo con la de un “alma vieja”, denominación que reciben los egos que han vivido muchas vidas o que, gracias a su esfuerzo, han evolucionado más deprisa de lo normal.

Caso 4º

Se trata de una mujer, algo deficiente mental, a la que funcionan mal el corazón y los riñones. La convivencia con su marido es mala, con continuas

disputas. Viven con mucha estrechez y con muchos hijos, todos mal avenidos. Su hogar está sucio, abandonado y, en él, el ambiente es tenso permanentemente.

En su vida anterior esa mujer fue un abogado famoso, ambicioso, cruel y vengativo, injusto y venal. Durante varios años se enfrentó a otro abogado, al que humilló y desacreditó gravemente. Aquel otro abogado, en esta vida es su marido. Se les hizo nacer y unirse en matrimonio para darles ocasión de pagarse con amor sus deudas recíprocas. Pero no parecen llevar camino de hacerlo. Es curioso que sus padecimientos son : Debilidad cerebral (abuso de la fuerza mental), del corazón (falta de amor) y los riñones (falta de justicia, ya que están regidos por Libra, el signo de tal virtud).

Sobre este particular conviene darse cuenta de que, si hemos nacido en una determinada familia y no en otra es, precisamente para pagar con amor y dedicación y entrega y servicio, deudas de vidas pasadas a los espíritus que están siendo nuestros parientes más próximos. Y ello, aunque esos parientes nos resulten antipáticos o desagradables o, incluso, intratables. Si se conoce el funcionamiento de la Ley de Retribución y se comprende a tiempo, todo irá bien. Pero si no, si se continúan acumulando deudas, la siguiente encarnación resultará más difícil aún de sobrellevar.

Caso 5º

Se trata del capitán de un equipo de rugby. Murió con el cuello destrozado al ser pisoteado, en pleno juego, por un compañero que lo odiaba. El autor no fue descubierto. Murió en el hospital. Se estaba esforzando por mejorar su destino.

Estudiadas las vidas anteriores de ambos, resulta que la víctima fue una Judía alemana, química, que envenenó a muchas gente. Murió de una puñalada asestada por otra, que se defendía de ella legítimamente, pero que fue condenada a la hoguera como consecuencia de las influencias con que contaba la primera. La condenada juró vengarse. Pidió solemnemente que se le permitiese vengarse. Y lo ha hecho. ¡Que tristeza producen estas cosas!

Caso 6º

Se trata de un joven retrasado mental. Tiene paralizada la garganta, carece de coordinación en los movimientos y acumula líquidos en el cerebro. El fórceps empleado para ayudarlo a nacer le lesionó nervios cervicales. No puede sostener la cabeza erecta sobre el cuello. Tampoco maneja las piernas

pues, a los cinco años, se le lastimaron, en una operación desafortunada, los tendones de las piernas.

En su vida anterior fue una mujer con gran autoridad en círculos religiosos. Nadie le hacía sombra. Utilizó profusamente la hipnosis y la sugestión con fines egoístas, sólo en busca del poder. Se dio cuenta al final de su vida, pero ya era tarde.

Aunque uno comprenda su error, la Ley de Retribución no puede evitar el hacernos pagar las consecuencias. Si ese error hubiera sido cualquier otro, estaría pagando sus consecuencias con amor desinteresado a unos hijos o parientes. Pero la hipnosis supone un uso perverso de la fuerza creadora y eso, como uno de los “pecados imperdonables” que es, hay que pagarlo experimentando sus efectos sobre el propio cuerpo.

Caso 7º

Es un niño con síndrome de Dawn. Su edad mental no pasa de pocos años.

Su vida anterior se desarrolló durante la decadencia de la antigua Roma. Fue un joven atractivo, de padres ricos pero materialistas. Recibió una educación esmerada. Pero fue indisciplinado y consentido. Su madre era una dama de la alta sociedad, dada a los placeres. Fue vanidoso y mujeriego. Murió de sífilis a los 30 años.

Su actual padre fue entonces su madre. Y su actual madre era su padre. Es otro caso de uso indebido de la fuerza creadora sexual y del pago, en las propias carnes, de tal conducta.

Caso 8º

Se trata de una niña con un solo brazo y sin piernas. Lee y escribe correctamente y, por lo demás, es normal, tanto física como mentalmente.

Su vida anterior se desarrolló hace 1.600 años. Fue varón y estuvo a cargo de los esclavos de su gobierno. Fue cruel con las mujeres. Les cortaba un brazo o una pierna. Se formó un harén y fue responsable de multitud de abusos. Si alguien lo combatía, lo apresaba, lo llevaba a la selva y lo abandonaba allí. Llegó a ser el jefe de su isla. Antes de morir, se arrepintió, pero los efectos de sus actos, absolutamente inevitables, los está experimentando ahora.

Caso 9º

Es el caso de un niño víctima de la enfermedad del sueño. Lleva un año durmiendo.

Durante su vida anterior fue una mujer muy atractiva y estudiosa. Metafísica y astróloga. Dominó la voluntad de otros. Hipnotizaba a cualquiera y los situaba en puestos elevados. Se dio cuenta y prometió restituir.

Ahora es varón. Los elementales estuvieron esperando para obsesarlo. Sólo los Señores del Destino expulsar sacar a ese elemental. Si el obsesor fuera un desencarnado, hubiera cambiado la expresión de su rostro y se hubiera podido levantar y hablar pero, al tratarse de un elemental, no puede hacerlo porque los elementales son incapaces de manejar un cuerpo físico.

Uno de los modos de distinguir si una persona está siendo obsesada consiste en comprobar si sus pupilas se distienden o contraen cuando la luz disminuye o aumenta, respectivamente, pues sólo el propietario de las pupilas puede hacerlo. Existe, sin embargo, una enfermedad que produce el mismo efecto pero, si a esa imposibilidad de acomodación a la luz, se añaden el cambio de expresión del rostro o de conducta o de voz, puede asegurarse que se trata de una obsesión por un desencarnado. En todos los casos de obsesión, sea por quien sea, el espíritu dueño del cuerpo está fuera de él.

En su vida anterior fue mujer. Hipnotizó niños que fueron luego obsesados por elementales. El Ego sabe a qué se debe lo que le ocurre y está esperando poder entrar, si el elemental consigue salir de su cuerpo. Si muere antes de cumplir los catorce años, es decir, antes de la pubertad como consecuencia del nacimiento del cuerpo de deseos, irá al Primer cielo.

* * *

XIV.- EN EL HOSPITAL

Aquella llamada de auxilio venía de un hospital y, precisamente, de un médico que, cosa poco frecuente, aunque muy recomendable y fructífera, dirigió una demanda a los Amigos Invisibles, de los que había oído hablar a un conocido, antes de intervenir a un politraumatizado.

Me encontré con la conocida escena del equipo médico de urgencias, ante una mujer, víctima de un accidente de tráfico con caída a un profundo barranco e inmersión en las aguas del fondo del mismo. Varios huesos rotos, entre ellos la pelvis, eventración por cuerpo extraño clavado en el abdomen, traumatismo craneoencefálico, rotura de tendones de los brazos, explosión del bazo, shock por inmersión y una serie larguísima de lesiones menores.

Vi en el aura del cirujano que sentía verdaderos deseos de salvar aquella vida. Y comprobé que era un médico capaz. Estaba vibrando de modo positivo y confiaba en la ayuda que había solicitado. Cuando yo llegué, había ya - como consecuencia de esa vibración y esa intención amorosa positivas - una serie de ángeles alrededor de la accidentada y del equipo médico. El espíritu de aquélla se encontraba fuera del cuerpo y asistía, conmocionado, a toda la escena. Estudié a la víctima y comprobé que todo podía ser solucionado por aquel buen profesional, sobre todo, contando con la ayuda de los ángeles que, como expertos en el manejo de la materia etérica, - molde del cuerpo físico y responsable de que en él sea posible la vida - estaban ya encarrilando las corrientes etéricas vitales a los lugares apropiados.

Los ángeles no tienen cerebro y, por tanto, no pueden comunicarse con los hombres por medio de palabras. Tan sólo pueden inspirarnos, momentáneamente, alguna idea que nos ayude, aclarando algo o permitiéndonos comprenderlo. Pero hay que estar vibrando positivamente, es decir, sentir amor inegoísta, para que esa inspiración fugaz nos alcance con toda su virtualidad.

Comprobé que la atención y el esfuerzo principales de muchos de los ángeles se centraba en la arteria pudenda, que se encontraba parcialmente seccionada pero que, debido a su emplazamiento, atravesando la pelvis en dirección al glúteo y a estar todo el abdomen anegado en sangre por las heridas y derrames internos, no iba a ser detectada fácilmente. Así que cuando, en efecto, el traumatólogo se encontraba, terminado su trabajo, a punto de concluir, aproveché el momento de relajación y le sugerí la idea de que no había comprobado el estado de la citada arteria. Inmediatamente aceptó la sugerencia, buscó la arteria, descubrió la lesión y la suturó. Con ello, la intervención concluyó con éxito y aquella vida pudo salvarse.

El cirujano, como es lógico, nunca supo toda la ayuda que recibió, porque no es ésa la finalidad perseguida ni por los ángeles ni por los Amigos Invisibles. Los primeros, porque el hacer el bien es algo que les nace espontáneamente, algo que está en su ser, que necesitan para vivir, como nosotros necesitamos respirar. Y éstos, porque, conociendo lo que conocen de los misterios de las leyes naturales y de la vida y de la muerte, no dan a la fama ni a la notoriedad absolutamente ningún valor y hacen el bien por el bien, por amor, sin otra mira ni otro interés.

Los hospitales, aunque la mayor parte de la Humanidad lo ignore, no son sólo punto de encuentro de sanitarios, enfermos y familiares de éstos, sino también, en otros planos, de ángeles que van a ayudar a curar o a cortar el cordón de plata; de arcángeles que van a aglutinar e influenciar; de Luciferes que van a tentar y, con ello, a experimentar y aprender a costa de los hombres; de elementales que van a obsesar o a alimentarse de las vibraciones allí existentes y a fomentarlas; de desencarnados que van a tratar de ocupar algún cuerpo que se ponga a su alcance; de larvas que van a alimentarse de las vibraciones de la sangre y de las materias en descomposición; y de las mil y una creaciones de la imaginación humana, fruto del miedo, el dolor, la superstición, la religión mal entendida, etc.; cada uno de ellos actuando según su naturaleza y sus tendencias y posibilidades. Son, pues, los hospitales, y conviene que se sepa, uno de los lugares donde se vive verdadera y permanentemente, y en primera línea, la lucha entre el bien y el mal.

De la parte de la luz, por llamarla de algún modo, cada hospital está a cargo de un ángel de determinada categoría, bajo cuya supervisión trabajan legiones de ellos, de grados inferiores, es decir, menos evolucionados y que, por ello, han alcanzado menos conocimientos y han desarrollado menos facultades. Los ángeles, al no tener cerebro, no pueden adquirir conocimientos discursivos. Su saber lo reciben en forma de ciencia infusa, de modo

instantáneo y como una participación en la sabiduría cósmica, a medida que van evolucionando. Téngase en cuenta, a estos efectos, que ellos constituyen la oleada de vida anterior a la nuestra y tienen su propio modo de evolucionar y sus propias exigencias para ello, igual que nosotros, e igual que los animales, que son la oleada de vida que nos sigue y, en cuya evolución intervenimos nosotros, de modo inevitable también.

Del lado oscuro hay más personajes, generalmente, en los hospitales. Y ello debido a la negatividad que aportan, tanto la mayor parte de los enfermos con su miedo a la enfermedad, al dolor y a la muerte, como sus parientes, casi siempre tristes, tensos y asustados. Y el miedo es uno de los mayores enemigos del hombre porque, aparte de no solucionar nada, nos hace vibrar negativamente, desactiva nuestras defensas y, al dejarnos vencer por él, cesamos de luchar, nos ponemos pasivos y abrimos las puertas a toda clase de influencias negativas, desde la imposibilidad de recibir ayuda de planos más elevados y positivos, hasta la obsesión o la muerte innecesaria. Y ello, con todas las consecuencias kármicas que todo eso conlleva para los responsables de tanta negatividad.

Sobre todos los hospitales inciden, simultánea y permanentemente, dos clases de energía que, con la visión espiritual, se perciben como dos o más rayos que, procedentes de distintos lugares del espacio, se clavan, por así decirlo, en el edificio físico. Unos son luminosos, blancos o dorados. Los otros son oscuros, terrosos, casi negros. Esas energías son aprovechadas, en el primer caso, por todos los seres encuadrados en el lado del amor y del altruismo, de la compasión y la caridad. Y, en el otro, por los que actúan llevados del egoísmo, la envidia, el odio, el sexo, la avaricia, el orgullo, el miedo, etc. Unos y otros reciben la energía correspondiente y la incrementan y la hacen proliferar. Las leyes naturales, sin embargo, son sabias y conducen siempre al bien. Y, por eso hacen que el bien se sume y, en cambio, el mal se destruya a sí mismo. Esto que, a primera vista sorprende, se comprende fácilmente, incluso con un ejemplo a nivel del mundo físico:

Si coinciden alrededor de un enfermo, un médico que desea curarlo y está decidido a poner en juego toda su ciencia para conseguirlo; unas enfermeras que se guían por el amor y el servicio; unos parientes que quieren al hospitalizado y desean su restablecimiento y los ángeles correspondientes, las energías de todos ellos, como persiguen lo mismo, se sumarán y se multiplicarán exponencialmente, resultando mucho más efectivas para inspirar a los profesionales y para ayudar al enfermo en su recuperación. Pero, si el médico desea tan sólo el éxito o la fama o la retribución, sin pensar que tiene

en sus manos la vida de un hermano; y si las enfermeras se odian y compiten entre ellas o evitan el trabajo; y si los parientes están deseando la muerte del enfermo para heredar, actitudes, todas ellas, deseadas y fomentadas por las fuerzas negativas, es fácil adivinar que el resultado será muy otro. Cada cual aporta siempre su grano de arena, pero el resultado final es obra de todos.

Quiero añadir aquí que, según ha demostrado la investigación clarividente, los médicos y sanitarios lo son porque en vidas anteriores perjudicaron a muchos semejantes y les hicieron sufrir y morir (caudillos, militares, traficantes de armas o de drogas, proxenetas, tratantes de esclavos, etc.) y, una vez comprendido su error en los períodos entre renacimientos, se han propuesto pagar aquellas deudas salvando vidas, trabajando en favor de los demás. Luego, lógicamente, cuando están aquí, esa “vocación”, que no es sino la traducción a nivel físico del propósito espiritual, sigue viva en ellos, aunque, a veces, acompañada de odios, envidias, emulaciones, zancadillas y golpes bajos, que proceden de otras vidas o que nacen en ésta, y que neutralizan aquel propósito y crean nuevas deudas y, sobre todo, reducen su efectividad profesional, así como su propio equilibrio emocional.

* * *

XV.- EL CASTIGO DEL PECADO

La mayor parte de la Humanidad ha oído hablar de los pecados y de su castigo, puesto que todas las religiones del mundo tratan extensamente de ello. Pero, casi nadie tiene las ideas claras sobre el tema y, por tanto, casi nadie lo toma en serio. Y habría que tomarlo, porque es el tema fundamental de nuestra evolución, tanto individual como colectiva.

El problema estriba en que las distintas religiones se dieron a los diversos pueblos por sus Espíritus de Raza, - arcángeles a que me he referido en otro lugar - cada una de ellas adaptada al avance cultural, ético, moral y espiritual del pueblo o raza de que se tratase. Sin embargo, ninguno de ellos estaba entonces lo suficientemente adelantado para comprender, aunque se le hubieran explicado, la razón ni el mecanismo del llamado “pecado”, ni el de su “castigo”.

En todos los pueblos, no obstante, existió siempre una parte de la religión, llamada esotérica u oculta, que sólo se daba a conocer a los más evolucionados, a los que mostraban interés por esos temas y, por tanto, eran capaces de comprenderlos y de mantenerlos en secreto.

¿Y, por qué esa exigencia del secreto, bajo pena de muerte, y común a todas las religiones? Por dos motivos fundamentales:

Primero, porque en aquella época la Humanidad había de desarrollar la voluntad, aún muy débil. Y para ello, se le daban leyes morales y religiosas y se le hablaba de pecados, o sea, de transgresiones de esas leyes, y de castigos por los pecados cometidos. Todo ello con el fin de que los hombres, ante el temor del castigo divino, reprimiesen sus tendencias negativas mediante constantes esfuerzos de voluntad, con lo cual la robustecían.

Los castigos variaban según el grado de desarrollo de los pueblos: Para unos eran terremotos o inundaciones; para otros, enfermedades o muerte; para éstos, malas cosechas o pérdida de las mismas; para aquéllos, enemigos

agresivos; para algunos, la cautividad... Más tarde, las religiones dieron un paso y predicaron que los castigos se aplicaban más allá de la muerte.

Se usó, además, otro método para desarrollar la voluntad, y fue el de los sacrificios: Se exigió por las religiones sacrificar a los dioses los bienes más preciados: el primogénito, el buey más fuerte y cebado, lo mejor de la cosecha, etc. Lógicamente, desprenderse de algo tan querido y tan apreciado, requería un gran esfuerzo de voluntad que, de ese modo, con la repetición de los sacrificios, se desarrollaba y fortalecía, es decir, se acostumbraba a sobreponerse al cuerpo de deseos.

Mientras, los conocedores de la parte oculta de la religión iban evolucionando, adquiriendo conocimientos y facultades, y trabajando por el mejoramiento y progreso de su pueblo.

Como el sustrato de todas las religiones es el mismo, ya que todas tienen el mismo origen y persiguen el mismo fin, el mejoramiento y evolución del hombre, los “conocedores” de las distintas religiones o “iniciados”, pudieron siempre comunicarse y comprenderse entre sí, ya que trataban y dominaban los mismos temas y al mismo nivel. Por eso un Pitágoras o un Platón, por ejemplo, además de ser iniciados en los misterios griegos de Eleusis (o sea, en los conocimientos ocultos), pudieron serlo también en los de Mesopotamia y de Egipto.

El segundo motivo para guardar el secreto de los conocimientos ocultos ya lo he expuesto en otro capítulo: el evitar que personas no suficientemente preparadas e inegoístas, adquiriesen conocimientos y facultades supranormales (hipnosis, telepatía, visión etérica o astral, telequinesis, psicometría, lectura de la memoria de la naturaleza, manejo de las fuerzas elementales, bilocación, etc.) y las utilizaran en beneficio propio y no altruístamente en beneficio de su pueblo.

En cuanto al hombre común, cuando, tras una serie de vidas, había obtenido de su raza y de la religión correspondiente todas las enseñanzas que podían proporcionarle para evolucionar, renacía como individuo de otro pueblo más evolucionado y con otra religión más avanzada. Y esto sigue ocurriendo hoy en día.

Así se llegó a la época de la venida de Cristo, que trajo la primera religión, no para una raza o pueblo determinados, sino universal, para todos los hombres. Por eso “resumió” el Decálogo de Moisés (que era una serie de leyes cuya infracción llevaba aparejado el castigo correspondiente) en dos solos mandamientos: “*Ama a Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo*”. Y, aún estos dos, en uno solo: “*Compórtate con los demás como*

te gustaría que los demás se comportasen contigo". Y, en última instancia, a sólo uno: *"Un solo mandamiento os doy: que os améis unos a otros como yo os he amado."* En resumen: Amar. Porque el amor es la nota-clave de la Creación. Es decir que, por un lado, no derogó el Decálogo, puesto que está de acuerdo con las leyes naturales, sino que lo convirtió en exigencia interna y ya no externa. Y, por otro, hizo desaparecer el pecado como delito público e incrustó el perdón, en Su doctrina, sustituyendo el *"ojo por ojo y diente por diente"* por el *"ofrecer la otra mejilla"* y el *"odiar al enemigo"* por el *"amad a quienes os odian"*.

Por eso San Pablo dice claramente que el pecado, el delito, es hijo de la ley y que si no hay ley, no hay infracción de la misma ni, por tanto, delito ni pecado ni, consecuentemente, castigo. De lo que se trata, pues, en el estadio actual de la Humanidad y de la religión, es de interiorizar la ley, es decir, de hacer lo que está bien, no esperando el premio ni temiendo el castigo, sino porque se ha comprendido que es lo correcto; y no hacer lo que está mal, no por miedo a las consecuencias, sino porque se sabe que está mal. Y sustituir, por tanto, el *"temor de Dios"* por el *"amor a Dios"*. Procede, pues, subir un escalón la calidad de la enseñanza y olvidarnos del castigo por los pecados o por las malas acciones, que ya cumplió su cometido a lo largo de los siglos, y aclarar cómo funciona, en realidad, este asunto.

Lo cierto es que las leyes naturales han tropezado, para su comprensión, con un obstáculo importante. Y ha sido la denominación que se les ha dado, de *"leyes"*. Una ley, desde el punto de vista humano, es un mandato o una serie de mandatos, de órdenes, de exigencias, cuya infracción da pie para la aplicación al infractor, de los castigos en ella o en otras previstos.

Una ley natural, sin embargo, no es un mandato ni una prohibición ni una exigencia. Es un proceso natural que consiste en series de causas y efectos que se suceden automáticamente. De modo que un acto determinado trae aparejada, sin excepción, una consecuencia determinada y no otra. Y ello sin intervención de voluntades extrañas, de modo que siempre que se produzca ese acto en las mismas circunstancias, le seguirá idéntica consecuencia, sin necesidad de nadie que juzgue ni condene.

Esa fijeza, esa inalterabilidad e imparcialidad de las leyes naturales es lo que ha permitido y sigue permitiendo a los inventores e investigadores de todas las épocas, ir descubriéndolas y estudiándolas, conocer sus exigencias y las consecuencias de su *"cumplimiento"* y de su *"infracción"*, e ir así aprendiendo a utilizarlas en beneficio de la Humanidad.

Por ejemplo: la gravedad atrae a todos los cuerpos hacia el centro de la Tierra. Si la cumplimos, es decir, si acercamos algo al centro de la Tierra, ella nos ayudará y, por eso, para bajar algo, no habremos de realizar ningún esfuerzo. En cambio, si la “incumplimos”, si nos empeñamos en alejar algo del centro de la Tierra, tendremos que soportar el “efecto” correspondiente a esa infracción, y habremos de hacer un esfuerzo para conseguir levantarlo. No se tratará, por supuesto, de que la Ley de la Gravedad nos castigue. No. Sino de que el alejar algo del centro de la Tierra lleva aparejado el tener que hacer el esfuerzo proporcionado a la atracción que la Tierra ejerce sobre el objeto en cuestión.

Esto, que es tan fácil de entender cuando de leyes naturales físicas se trata - que son las leyes naturales que rigen el Mundo Físico y que estudian y descubren y manejan nuestros científicos - parece casi incomprensible e inadmisible cuando se habla de las leyes naturales que rigen los deseos, los sentimientos, las emociones o los pensamientos, tan leyes y tan naturales como aquéllas. La naturaleza de estas leyes naturales es la misma que la de la Gravedad. Y, lo mismo que ella, establecen que, quien las cumpla no tendrá problemas ni habrá de esforzarse en nada y que el que se empeñe en incumplirlas, bien por ignorancia, bien por cerrazón, tendrá que sufrir la consecuencia en la ley prevista para ese incumplimiento. Pero “la consecuencia” no el “castigo.”

Hasta aquí está claro también. Pero, ¿qué establecen las leyes de los mundos superiores?. ¿Qué es lo que hay que hacer para evitar tener que realizar el esfuerzo y sufrir las consecuencias de su inobservancia? Precisamente lo que nos dijo Cristo que debíamos hacer: “*Ama a tu prójimo como a ti mismo*”. Todo lo que deseemos, pensemos o hagamos de acuerdo con esta ley, nos proporcionará felicidad, salud, evolución, etc. y todo lo que de ello se aleje, según la distancia a que se aleje, nos traerá dolor, enfermedades, problemas, desgracias, opresión, injusticias, miseria, etc. Así de claro.

Y no cabe echar la culpa a nadie. Ni siquiera a Dios. Porque Dios, llevado de su amor y de su deseo de compartir su infinita felicidad, nos hizo a Su imagen y semejanza, es decir, creadores como Él, pero debiendo desarrollar, a lo largo de la evolución, esas cualidades divinas que todos poseemos potencialmente. Por eso nos ha hecho libres, condición sine qua non para ser creadores. Esa libertad, sin embargo, exige que seamos siempre los responsables de nuestra conducta y, por tanto, de nuestro adelanto o nuestro retraso en esa evolución que a todos atañe por igual. Y, además, está siempre,

como Padre amoroso que es, esperando nuestra demanda de ayuda (recuérdese la parábola del Hijo Pródigo) para prestárnosla. Pero la hemos de pedir. Y eso es la oración.

La consecuencia última, ya citada en varios capítulos, es que el único pecado o, mejor, problema, del hombre es la ignorancia. La ignorancia de la existencia y del funcionamiento de las leyes naturales. No es cierto, pues, que Dios castigue al hombre aunque ignore que está haciendo el mal (como no es un castigo de Dios el que nos caigamos desde un sexto piso si contravenimos la ley de la Gravedad o nos quememos la mano por acercarla imprudentemente al fuego), sino que la ley natural, que actúa automáticamente y tiene prevista en su ser una consecuencia para cada causa, la aplica sin contemplaciones y sin excepciones.

Lo que procede, pues, lo que la Humanidad necesita es, no sólo el conocimiento, el dominio de las leyes naturales que rigen la vida y la evolución físicas (cosa que ya está haciendo y que le ha proporcionado y le está proporcionando el progreso técnico que a todos nos asombra cada día), sino también y en el mismo grado, conocer y dominar las que rigen la vida y la evolución espirituales. Entonces, utilizando sus conocimientos y su libre albedrío, como han hecho los Hermanos Mayores y todos los Iniciados que ya existen, y cuyo número aumenta cada día, evolucionará rápidamente sin dolor, sin enfermedades, sin desgracias y sin muerte.

* * *

XVI.- EL ORATORIO Y EL TEMPLO

Me ocurrió con frecuencia el pasar sobre determinada zona de la ciudad y observar un brillo especial en determinada vivienda. Pero, como siempre iba a acudir a alguna necesidad, durante bastante tiempo tuve que conformarme con saber que existía.

Un día, sin embargo, tras acudir a una llamada, recordé aquella vivienda y quise investigar a qué se debía el resplandor que de ella salía. Me dirigí allí y vi que la luz surgía de una pequeña habitación. En ella había un hombre de edad avanzada que estaba en oración.

Era un hombre de gran elevación, que alcanzaba planos muy sutiles y obtenía la correspondiente respuesta en forma de luz y arrobamiento.

Se trataba de su dormitorio. Él vivía, desde hacía varios años, en aquella casa, de la que era huésped, ocupando la misma habitación que, como consecuencia de la repetición de tales raptos, estaba impregnada de luz y de vibraciones elevadísimas que alcanzaban no sólo a esa habitación, sino que se expandían por la mayor parte de la vivienda y aún por algunas colindantes.

Curiosamente, ninguno de sus vecinos era consciente de la maravillosa influencia que estaba recibiendo de modo permanente, sobre todo, de noche cuando nuestro hombre tenía más tiempo para dedicarlo a la oración.

Se hallaba sentado en un cómodo sillón, con los ojos cerrados, relajado, concentrado en una profunda meditación que le había permitido elevarse y rebosar amor a Dios, y que era inmediatamente correspondido con un descenso impresionante de energía divina, en un juego indescriptible de luces, colores, suavidades, perfumes, músicas y, sobre todo, una sensación de paz infinita, de plenitud, de infinitud, de totalidad.

Generalmente se desconoce la oración y sus mecanismos y se actúa, consecuentemente, con ignorancia y aún con imprudencia.

La oración es la elevación de nuestra conciencia a un plano superior en un acto de adoración, de amor o de gratitud.

Tenemos la idea de que orar es pedir y casi todos piden y piden sin cesar, como si las cosas, por tratarse de planos espirituales, no tuviesen también su precio. Y es preciso aclarar esta materia en bien de todos.

Fijémonos en que Salomón, cuando Jehová le dijo que le pidiera lo que quisiese, pidió, simplemente, discernimiento para gobernar bien a su pueblo. Y Jehová le dijo: por haber pedido sólo discernimiento y no riqueza ni poder ni honores, todo esto lo tendrás por añadidura. ¿Por qué? Porque si sabemos discernir es que somos sabios y si somos sabios y altruistas, obtendremos, aunque no lo busquemos, todo lo demás.

Recordemos – y ya lo hemos hecho en otro capítulo - que Cristo dijo claramente que buscáramos cumplir la voluntad del Padre y todo lo demás se nos daría como un subproducto necesario.

¿Cómo hemos, pues, de “pedir”? Pedir, debemos sólo lo que nos indica el Padrenuestro: en el nivel físico, “el pan nuestro de cada día”. No más. El resto de esa maravillosa y potente oración ya es una petición de discernimiento y de fuerza para ver claro.

La oración no ha de adoptar necesariamente una forma determinada. Basta algo tan sencillo como, de vez en cuando, a lo largo del día, cuando nuestras ocupaciones nos lo permitan, elevar nuestra mente y nuestro corazón a Dios y decir, con palabras o en silencio: “Señor, aquí estoy para hacer Tu voluntad”. Sencillamente eso, es capaz de provocar un derramamiento de energía sobre nosotros, que nos mantendrá positivos hasta la siguiente vez. Y, si adquirimos el hábito, nos mantendremos todo el día en una elevada vibración, de modo que seremos insensibles a las más groseras y, por tanto, inmunes a las tentaciones que provocan.

Si nos es posible, sin embargo, deberíamos dedicar cada día unos minutos a retirarnos en un lugar, siempre el mismo, a orar en una concentración-meditación más profunda y elevada. Si así lo hacemos, los muebles y las paredes y los objetos de la habitación irán quedando impregnados de esas maravillosas vibraciones y nos facilitarán cada vez contactar con ellas cuando queramos orar de nuevo.

La verdadera oración, la que aquel hombre realizaba era totalmente distinta. Era una elevación en adoración, un abandono total en manos de Dios, una identificación absoluta con el plan divino, un sometimiento voluntario y sin reservas a Su voluntad. La respuesta, por tanto, era la apropiada: el sentirse uno con Dios, el disolverse en Él, el experimentar la plenitud y la gratitud y el amor y la sabiduría... Sólo el que lo ha experimentado lo puede comprender, pues son vivencias inefables, ya que no hay palabras para expresarlo en toda

su realidad, ni experiencia suficiente para comprenderlo en los destinatarios de esas palabras.

Si se ora debidamente, desaparecen el miedo, la inquietud, la zozobra, el nerviosismo y el stress, y son sustituidos por la alegría, la tranquilidad, la confianza, la seguridad, el amor, la comprensión, la fraternidad, la tolerancia, el altruismo...

Ni que decir tiene que la oración por excelencia es, precisamente, el Padrenuestro, que el propio Cristo nos recomendó usar. Si se pronuncia visualizando conscientemente lo que cada frase significa, la invocación que contiene, purifica todos nuestros vehículos y nos llena de energía elevadísima y predispuestos para lo mejor, porque:

La primera frase, *“Padre nuestro que están en el cielo”* es como la dirección del destinatario de nuestra oración.

La segunda, *“Santificado sea Tu nombre”*, hace a nuestro Espíritu Humano postrarse ante el Espíritu Santo, cuyo duplicado a escala humana es.

La tercera, *“Venga a nosotros Tu reino”*, hace lo propio con nuestro Espíritu de Vida y Cristo, el Hijo.

La cuarta, *“Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo”*, repite lo propio con nuestro espíritu Divino y el Padre.

Y, una vez relacionados cada uno de nuestros tres espíritus - somos una trinidad a imagen y semejanza de Dios - con la persona de la Trinidad de que trae causa, pronunciamos la segunda parte, la “petición” o “invocación”:

“Danos hoy nuestro pan de cada día”. Aquí nuestro Espíritu Divino pide al Padre por las necesidades del cuerpo físico, que es un reflejo.

“Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Nuestro Espíritu de Vida hace lo propio con el Hijo, Cristo, en beneficio de nuestro cuerpo etérico, la segunda persona de nuestra pequeña trinidad, el almacén de nuestra memoria y reflejo de Aquél.

“No nos dejes caer en la tentación”. Ahora nuestro Espíritu Humano pide al Espíritu Santo por la tercera persona de nuestra pequeña trinidad, el gran tentador, nuestro cuerpo de deseos, de donde nacen éstos y las emociones, pasiones y sentimientos.

“Libranos del mal”. En este momento, los tres espíritus que componen nuestra trinidad, se elevan juntos hasta la Santa Trinidad y le piden por nuestro vehículo más importante, pero también más reciente y por ello más débil, la mente, para que no se someta al cuerpo de deseos sino que se le imponga y tome el mando de nuestras vidas.

“Amén” equivale a un deseo-orden: que así sea, que sí se haga.

Aún convendría referirnos a algo sutil,: la diferencia entre oración e invocación. La primera es un elevarnos para ponernos en manos de Dios. La segunda es más una exigencia a las alturas - haciendo uso de nuestra “primogenitura”, de nuestra condición de seres creadores - para que atiendan nuestras necesidades.

Si el oratorio del devoto es un mar de luz y de vibraciones positivas, un templo, en que los fieles se reúnen para orar o, mejor, un convento de clausura, en que los religiosos dedican horas a la oración, desde hace siglos, es algo verdaderamente inimaginable. Son como ríos de luz que alimentan la ciudad en que se encuentran, disuelven miasmas y vibraciones bajas, elevan a los sensibles y mantienen enfocada en ella la atención de los gloriosos seres que auxilian a la humanidad a lo largo de los tiempos.

Teniendo claro que toda oración – como también dijimos arriba - hace una especie de agujero en el ”techo” de nuestro mundo al penetrar en otros superiores, por el que se derrama la energía de respuesta de lo alto, es fácil de comprender la conveniencia de utilizar debidamente su mecanismo.

* * *

EPÍLOGO

Los ejemplos de casos en los que los Amigos Invisibles intervienen continuamente son infinitos. Todos los días se producen cientos de ellos. Pero lo que se ha pretendido con esta breve exposición es sólo concienciar al lector de su existencia y de su labor, así como despertar su curiosidad por conocer algo sobre los mundos superiores que, querámoslo o no, existen y por los que, querámoslo o no, habremos de pasar.

FIN